

Japón y el fascismo

La cuestión del fascismo japonés en el debate
historiográfico

Abstract: Este trabajo presenta la discusión historiográfica sobre la viabilidad de la aplicación del concepto del fascismo al gobierno japonés del periodo de entreguerras. Este trabajo se ha centrado básicamente en el desarrollo de las ideologías de la ultraderecha japonesa que muchos especialistas han considerado proto-fascistas. Para ello se han presentado los elementos tanto de semejanza como de divergencia entre las ideas propias del Japón del momento y del fascismo europeo, intentando establecer puentes entre ellos. Es posible ver ciertas semejanzas entre estos dos países, pero en muchos casos estas ideas son propias de la evolución histórica japonesa y anteriores al desarrollo de la propia ideología fascista en Europa.

Palabras clave: fascismo, Japón, totalitarismo, expansionismo, *kokutai*.

Abstract: This work presents the scholar debate on the feasibility of applying the concept of fascism to the Japanese government in the interwar period. This work has focused primarily on the development of Japanese right-wing ideologies that many scholars have considered proto-fascists. This would have presented the elements of both similarity and divergence between the ideas of Japan of the moment and of European fascism, trying to build bridges between them. You may see some similarities between these two countries, but in many cases these ideas are unique to the Japanese and before the development of fascist ideology own historical development in Europe.

Keywords: fascism, Japan, totalitarism, expansionism, *kokutai*.

Índice

Índice	3
Introducción	4
El fenómeno fascista	6
El fascismo y Japón en la discusión historiográfica	14
Elementos ideológicos de la ultraderecha japonesa.....	20
La cuestión racial.....	24
El concepto de <i>kokutai</i> en la ideología ultranacionalista.....	26
El expansionismo imperial: El pan-asianismo	31
El caudillo y el emperador.....	35
La concepción del estado: El estado totalitario	39
Las bases sociales	43
Conclusiones	48
Bibliografía	52
Anexos.....	54

Introducción

La cuestión del fascismo ha supuesto una constante discusión historiográfica, la propia definición del concepto general, así como de sus individualidades históricas ha sido y sigue siendo de gran interés para gran parte del mundo académico. Tampoco ha supuesto una discusión menor la definición del régimen surgido en el Japón de entreguerras, las estrechas relaciones que posteriormente han unido Japón y los Estados Unidos han dado como fruto una cantidad ingente de estudios sobre la posibilidad o no de la aplicación en Japón de este término de difícil definición.

El objetivo de este trabajo es dar a conocer brevemente esta intensa discusión historiográfica, haciendo un breve estado de la cuestión, tanto de la evolución del estudio del fascismo como de la cuestión del fascismo japonés. Para ello se ha realizado un análisis de los aspectos más relevantes de lo que podrían considerarse ideas proto-fascistas en Japón, haciendo referencias tanto a autores contemporáneos como a historiadores relevantes en el estudio de este campo, y contraponiendo las ideas, tanto de aquellos partidarios de la viabilidad del fascismo japonés como de los contrarios a la misma.

Para poder alcanzar este objetivo, se darán a conocer varios conceptos clave: las ideas de los teóricos de la ultraderecha japonesa, la importancia de la cuestión racial, el desarrollo del concepto de *kokutai* o espíritu nacional, idea vital para entender la relación de la política japonesa con el conjunto de la sociedad, el expansionismo militar que llevó al establecimiento de un sistema de guerra total y la importancia de la figura del emperador. También se realizará una breve aproximación a los introductores en Japón de la concepción de estado propia del fascismo, el totalitarismo y finalmente se llevará a cabo el análisis de las bases sociales y de los elementos que llevaron a una radicalización de la política y la sociedad japonesa en este período.

En todos estos casos se ha intentado aportar la máxima cantidad de puntos de vista tanto de intelectuales contemporáneos como de historiadores que se han adentrado en el estudio de estos hechos, aportando gran cantidad de citas textuales de sus obras, cosa que puede ayudar a dar una visión amplia de este fenómeno. Para tratar la idea del fascismo se han usado como marco de referencia dos autores, Emilio Gentile y Roger Griffin, el primero por ser considerado una eminencia en el estudio del fascismo italiano y el segundo por ser un autor destacado en el estudio de las dinámicas ideológicas del fascismo. Centrándose en el fascismo japonés, la base bibliográfica de este trabajo se encuentra en el trabajo del historiador y politólogo japonés Maruyama Masao, un referente para aquellos que consideran el Japón de entreguerras un

régimen fascista. Para contraponer esta idea se ha usado con asiduidad la obra de Duus i Okimoto ya que se encuentra en el polo opuesto a Maruyama, siendo esta una obra de referencia para aquellos que rechazan la idea del fascismo en Japón. Para tratar de dar una visión más reciente de esta problemática también hay que destacar la consulta de la obra de Willensky, que realiza una síntesis entre estas dos ideas opuestas, argumentando que no puede descartarse del todo la viabilidad del concepto del fascismo japonés.

A estas obras de referencia para la historiografía se le ha sumado la consulta de la obra de Bruce Reynolds, ya que en esta se analizan diferentes aspectos de la ideología y cultura del Japón de entreguerras comparándolas con sus homólogos europeos lo que resulta un libro de consulta obligatoria para el estudio de esta temática.

Toda esta bibliografía se ve reforzada por la consulta de obras centradas en los temas que se han desarrollado en este trabajo como es el caso de las obra de Kitagawa para el estudio del *kokutai* o Szpilman para tratar el expansionismo japonés en este periodo.

Esta consulta bibliográfica tiene la pretensión de dar a conocer la máxima cantidad de visiones que ha aportado la historiografía sobre el fascismo japonés para tratar de enmarcar lo mejor posible una temática de tan difícil concreción.

El fenómeno fascista

Desaparecido como régimen europeo hace más de medio siglo, el fascismo ha sido uno de los fenómenos más estudiados y controvertidos de la Historia Contemporánea. La cuestión del fascismo y del conjunto de interpretaciones que ha suscitado tiene una larga tradición, iniciada cuando el movimiento fundado por Benito Mussolini conquistó el poder, dando vida a un nuevo tipo de régimen político de partido único. Desde entonces, estudios, investigaciones y debates sobre el fascismo han ido aumentando progresivamente, sobretodo en el último cuarto de siglo.

Inicialmente, en la década de 1920, el fascismo fue considerado predominantemente una expresión típica de la historia y del carácter de los italianos. Era considerado como una revuelta antiproletaria y anticapitalista de la pequeña burguesía, impregnada de un nacionalismo y de una retórica romanística propias del contexto italiano. Pese a que estas ideas fueron una primera aproximación al fenómeno, muchos autores recientes y en especial Emilio Gentile, han sido partidarios de considerar el fascismo como algo propio de la cultura e historia italianas y de difícil exportación, considerando que los supuestos fascismos extrairtalianos no pueden ser denominados como tal en un sentido estricto. (Gentile, 2002: 41-46)

Sin embargo, durante la década de 1930, con la proliferación en Europa de movimientos y de regímenes autoritarios nacionalistas y, sobre todo, después de la llegada al poder del nazismo, el fascismo fue percibido cada vez más como un fenómeno internacional. La Segunda Guerra Mundial y el propio carácter ideológico de esta guerra, entendida como conflicto entre fascismo y antifascismo, reforzaron definitivamente la convicción de que el fascismo pudiese ser considerado como un fenómeno internacional. Esta certidumbre fue el denominador común de las interpretaciones elaboradas entre 1930 y 1950.

La cultura marxista y el movimiento comunista fueron los primeros en atribuir al fascismo desde la década de 1920 una dimensión internacional, identificándolo con la reacción de la burguesía para hacer frente al avance del proletariado. La Tercera Internacional interpretó el fascismo como una "dictadura terrorista del gran capital". Para los marxistas, cualquier sociedad capitalista estaba estructuralmente predispuesta al fascismo y era predefinido como cualquier movimiento o régimen anticomunista. Estas teorías han sido matizadas posteriormente, reconsiderando la relación entre régimen fascista y capitalismo como una alianza en la que el fascismo mantiene un cierto grado de autonomía, buscando hacer prevalecer la primacía de la política frente a la economía. (Griffin, 1994: 71-78)

Esta interpretación marxista fue ampliamente contestada por la cultura liberal, que atribuía la génesis del fascismo a una "enfermedad moral" surgida tras la Primera Guerra Mundial pero iniciada ya en las últimas décadas del siglo XIX, como consecuencia de la progresiva decadencia de la conciencia europea, del embrutecimiento de la sociedad y del irracionalismo cultural, esta es una teoría influenciada por las ideas de Benedetto Croce, que consideraba que el fascismo era un paréntesis entre el estado monárquico liberal y el estado republicano democrático, este paréntesis se debía a una "enfermedad moral" que corrompía la sociedad y la política y que daba origen al fascismo. A esta supuesta enfermedad se sumaba el enflaquecimiento de la fe en la libertad, la exaltación imperialista, la manifestación de la voluntad de potencia y del afán de poder y el culto a la violencia, sostenidos por los nuevos instrumentos de la industria y de la técnica fueron los factores que favorecieron, según Gerhard Ritter, el triunfo de las tiranías que basaban su poder en la demagogia, en el terror y en la "entronización del pensamiento mítico".

En este período, fascismo y nazismo eran vistos como procesos históricos y sociales típicos de países como Italia o Alemania, que habían llegado tarde a la unificación nacional, conservando en sus estructuras políticas, sociales y culturales, una tradición de autoritarismo que se remontaba en los siglos y tenía raíces profundas también en el carácter de los dos pueblos, que no habían asimilado las instituciones y los valores del liberalismo. Esta interpretación llevaba también a la teorización de la universalidad del fenómeno fascista como reacción a la modernidad identificada con el sistema político y económico de las democracias liberales.

La insistencia sobre la naturaleza patológica del fascismo está presente, sobretodo, en los intentos de la interpretación psicológica. Se ha visto al fascismo como una manifestación de la personalidad autoritaria, como reacción agresiva de las masas sexualmente reprimidas, como la fuga de la libertad de las clases de la pequeña burguesía que, traumatizadas por los procesos de alienación de la sociedad de masas, buscaron seguridad y sentido de pertenencia en el orden comunitario de un nuevo autoritarismo. Una perspectiva de análisis distinta, más propensa a tomar en consideración los aspectos del fascismo como ideología, movimiento y régimen, ha sido adoptado por los estudios que han encuadrado el problema del fascismo en el fenómeno de la moderna sociedad de masas, considerándolo una nueva forma de radicalismo nacionalista, sustancialmente distinto de las derechas tradicionales y con un propio dinamismo. (Griffin, 1994: 51-54)

Otros estudiosos han emparejado el fascismo con el comunismo bajo la categoría de "totalitarismo", es decir, de un nuevo sistema de dominio político fundado en el partido único, en una ideología integrista, en la movilización demagógica de las masas, el culto idolátrico del jefe y en la voluntad de control y ocupación panpolítica total, material y espiritual de la

sociedad. Otros historiadores han planteado sus dudas acerca de la validez historiográfica del concepto de totalitarismo como categoría aglutinante de experiencias históricas, políticas e ideológicas sustancialmente diferentes como el fascismo, el nazismo y el comunismo, poniendo también en duda la naturaleza totalitaria del régimen fascista italiano. En un sentido más genérico, el concepto de fascismo ha sido empleado para definir ideologías, movimientos y regímenes políticos derivados de la industrialización, la modernización y la movilización social.

En la década de 1960 se produce la aparición de una nueva historiografía del fascismo que ha afrontado el estudio del fenómeno basándose en la investigación histórica concreta y rechazando las interpretaciones generalizadas. Se remontan a este periodo los primeros intentos innovadores del análisis del fenómeno fascista propuestos por historiadores como George L. Mosse, Ernst Nolte, Eugen Weber o Renzo De Felice, que dieron impulso a nuevas investigaciones y a nuevos debates, inaugurando una época muy prolífica tanto para la ampliación de conocimientos sobre los fascismos individuales, como para profundizar en el análisis teórico. Sobre estas dos líneas principales se han desarrollado hasta hoy las principales orientaciones del estudio del fascismo: una buscando definir los elementos conceptuales del llamado "fascismo genérico" y otra intentando profundizar en el conocimiento de cada uno de los movimientos y regímenes incluidos bajo la categoría de fascismo, dando mayor relieve a sus peculiaridades nacionales, ideológicas, sociales y culturales. (Gentile, 2002: 53-57)

En el debate historiográfico contemporáneo el fenómeno fascista se configura como una constelación de movimientos y de regímenes en cuyo centro se distinguen por encima de todo los llamados "fascismos paradigmáticos" (fascismo y nazismo), circundados por muchos fascismos menores y rodeados de varias formaciones consideradas como imitaciones o derivaciones de los fascismos paradigmáticos (denominados protofascismos). Pero la investigación histórica de cada una de las variedades del fascismo estudiados en sus contextos nacionales ha resaltado las diferencias sustanciales que existían entre ellos y ha hecho más complicada la elaboración de una teoría general. Uno de los obstáculos principales es la dificultad de hallar un plan único de comparación, visto el diferente grado de formación y de afirmación de los fascismos.

Un análisis comparativo ha de tener en cuenta, la diferencia entre los movimientos que no llegaron al poder y los que se transformaron en regímenes concretos. Solo los movimientos de Mussolini y Hitler consiguieron conquistar directamente el poder dando vida a un nuevo régimen político permitiendo realizar un análisis comparativo. Casi todos los demás fascismos se quedaron en el estadio de la movilización y no consiguieron conquistar el poder.

Los fascismos, además, se diferenciaron por la diversidad de tradiciones históricas, de contextos nacionales, por los diferentes niveles de desarrollo económico, de modernización y de

movilización social de los distintos países. De aquí la necesidad, por parte de los historiadores, de introducir, en el estudio del fenómeno fascista, nuevas especificaciones.

El problema de las diferencias no solo se limita al área geográfica y al nivel de desarrollo, sino que afecta también a la propia naturaleza de estos movimientos, es decir a la formación social, a la cultura política y a la concepción del Estado nacional. Diferencias notables emergen también del análisis sociológico: mientras en Europa central y occidental los movimientos fascistas reclutaron a sus seguidores sobre todo entre las clases medias, en Europa oriental fue mucho más consistente el componente popular campesino y obrero. A nivel ideológico, el antisemitismo fue fundamental en el nazismo y en los movimientos fascistas de Europa oriental, pero fue marginal en el fascismo italiano que lo hizo propio como régimen en 1938, aunque existía una minoritaria cultura antisemita. Hay que recordar, también, que muchos movimientos considerados fascistas rechazaban esta etiqueta, reivindicando su diversidad y su originalidad respecto a los movimientos de Mussolini y Hitler. La tesis de un fascismo internacional que comprenda gran parte de los movimientos nacionalistas y los regímenes autoritarios surgidos en Europa después de la Primera Guerra Mundial es sostenida por historiadores que basan la unidad del fenómeno en su naturaleza clasista de reacción burguesa, conectada al sistema capitalista. Otros estudiosos no descartan la posibilidad de una teoría general del fascismo como un conjunto de diversos fascismos, pero basan esta teoría sobre todo en el reconocimiento de la originalidad del fenómeno fascista como ideología y movimiento político, a la vez conservador y revolucionario, cuya naturaleza no se explica solamente en función de la reacción burguesa, sino que debe ser enmarcada en la historia del nacionalismo surgido durante el proceso de crisis y de transformación de la sociedad y del Estado iniciado con la Revolución francesa y proseguido con los radicales cambios producidos en la sociedad y en la cultura europea a causa de la industrialización, la modernización y las tensiones de la sociedad de masas, estas últimas producidas en la sociedad europea de la Primera Guerra Mundial. (Gentile, 2002: 62-69)

De la historiografía y de las interpretaciones del último cuarto de siglos, ha surgido una visión del fascismo como fenómeno político dotado de una individualidad histórica que no puede ser considerado únicamente como una manifestación patológica, ni una involución autoritaria, ni una reacción antimarxista o antipopular, es decir, de clase. La historiografía de las últimas décadas ha puesto en el centro del análisis el hecho de que el verdadero origen del fascismo fue la Primera Guerra Mundial, con la crisis social, económica y política que produjo en la sociedad europea; no obstante algunos de los elementos que contribuyeron a la formación y desarrollo del fascismo, especialmente a nivel cultural y de estilo político, son claramente localizables en tradiciones políticas preexistentes: en el nacionalismo jacobino, en los mitos y las liturgias laicas de los movimientos de masas del siglo XIX, en el neoromanticismo y en el antiparlamentarismo de los nuevos movimientos revolucionarios antiliberales de derechas y de

izquierdas que actuaban en Europa. El fascismo heredó estas tradiciones, pero las fundió con los mitos, las experiencias y los estados de ánimo generados por la guerra, produciendo una nueva síntesis. El fascismo fue una nueva e inédita forma de nacionalismo revolucionario surgida después de la Gran Guerra. El fascismo nació de la voluntad de perpetuar la experiencia bélica como una nueva forma de misticismo nacionalista, institucionalizándola a través de la militarización y la sacralización de la política, por la creación de un nuevo Estado.

En los últimos tiempos la imagen de un único fenómeno fascista universal ha entrado definitivamente en crisis. Las nuevas investigaciones tienden a profundizar en la realidad específica de los fenómenos fascistas, examinándolos en sus contextos nacionales, para analizar las semejanzas y las diferencias, sin renunciar a la perspectiva de lograr una definición conceptualmente unitaria del fenómeno fascista. El progreso de la historiografía del fascismo junto al debate que lo ha acompañado, ha modificado de manera profunda las interpretaciones y las representaciones tradicionales del fenómeno fascista. Desde finales de la década de 1970, ha habido una reanudación de los esfuerzos teóricos para elaborar una definición general del fenómeno fascista que corresponda mejor al grado de conocimiento y de concienciación conseguido por la nueva historiografía. En los más recientes intentos por desarrollar una teoría general del fascismo, se pueden comparar al menos dos orientaciones principales: una centrada en la dimensión ideológica para definir la teoría conjunta del fascismo y otra que propone una definición tipológica que incluya también los aspectos organizativos e institucionales. El precursor de la primera orientación ha sido sobre todo, George Mosse, principal intérprete del fenómeno fascista como fenómeno cultural:

"El fascismo fue en todos sitios una actitud ante la vida fundada en una mística nacional que podía variar de una nación a otra. Fue también una revolución que se esforzó por descubrir una tercera vía entre el marxismo y el capitalismo, pero que, sin embargo, intentaba huir de un cambio económico y social concreto replegándose sobre su ideología" (cit. en: Gentile, 2002: 41)

En esta dirección ha contribuido notablemente Roger Griffin, historiador de las ideas, que con un análisis crítico de las principales interpretaciones del fascismo ha definido la esencia del *fascismo genérico*:

"El fascismo es un tipo de ideología política cuyo núcleo mítico, en sus distintas permutaciones, es una forma palingenésica de ultranacionalismo populista." (Griffin, 1994: 41)

A la misma corriente pertenece la definición de fascismo genérico propuesta por el politólogo Roger Eatwell, que a través de la metodología propia de la ciencia política ha definido el fascismo como:

"El fascismo era una ideología que trató de determinar un renacer social sobre la base de una Tercera Vía radical de tipo nacionalista, a pesar de que en la práctica tendió a subrayar el estilo, especialmente la acción y el líder carismático, más que programas detallados, y se consagró a la demonización maniquea de sus enemigos." (cit. en: Griffin, 1994: 56)

Otros intentos de definición general del fascismo, han propuesto, en cambio, definiciones más complejas que comprenden, junto a la dimensión ideológica, la dimensión práctica. A esta orientación pertenecen las definiciones elaboradas por el politólogo Juan L. Linz y por el historiador Stanley G. Payne. Linz ha propuesto una definición del fascismo como:

"Un movimiento ultranacionalista, a menudo pan-nacionalista, antiparlamentario, antiliberal, anticomunista, populista y por tanto antiproletario, parcialmente anticapitalista y antiburgués, anticlerical o al menos no clerical, que tiene el objetivo de una integración social y nacional a través de un partido único y una representación corporativa; con un estilo y una retórica propios, que se basan en cuadros de activistas listos para la acción violenta, combinándola con la participación electoral, mezclando la táctica legal con la táctica de la violencia para obtener el poder con objetivos totalitarios." (cit. en: Gentile, 2002: 67)

La definición de Payne se articula en tres secciones que se refieren a la ideología y los objetivos del fascismo, a sus principales movimientos antagonistas, al estilo y a la organización y al movimiento y el partido. Ha sido condensada en la siguiente definición del fascismo:

"Una forma del Ultranacionalismo revolucionario para el renacimiento nacional, basado en una filosofía fundamentalmente vitalista, y estructurado sobre un utilitarismo extremo, sobre la movilización de masas y en Fuerherprinzip (propio de la primacía del líder); tiene una actitud positiva en relación a la violencia como fin y como medio y tiende a dar carácter normativo a la guerra y/o a las virtudes militares." (Gentile, 2002: 72-76)

A esta misma corriente pertenece la definición de las características del fascismo que Emilio Gentile separa según la organización, la cultura y la relación del individuo con el Estado resumido en diez puntos clave:

a) Dimensión organizativa

1. Un movimiento de masas, con agregación interclasista pero en el que prevalecen, en los cuadros dirigentes y en la masa de militantes, jóvenes pertenecientes principalmente a las clases medias, en gran parte ajenos en la actividad política, organizados en la forma original e inédita del partido milicia, que funda su identidad no en la jerarquía social y la proveniencia de clase, sino en el sentido de camaradería: se convive investido de una misión de regeneración nacional, se considera en estado de guerra contra los adversarios políticos y desea conseguir el monopolio

del poder político, usando el terror, la táctica parlamentaria y el compromiso con los grupos dirigentes, para crear un nuevo régimen, destruyendo la democracia parlamentaria.

b) Dimensión cultural

2. Una cultura fundada en el pensamiento mítico y en el sentido trágico y activista de la vida, concebida como manifestación de la voluntad de potencia, en el mito de la juventud como artífice de la Historia, en la militarización de la política como modelo de vida y de organización colectiva.

3. Una ideología de carácter anti ideológico y pragmático, que se proclama antimaterialista, antiindividualista, antiliberal, antidemocrática, antimarxista, tendencialmente populista y anticapitalista, expresada estéticamente más que teóricamente, a través de un nuevo estilo político y a través de los mitos, ritos y símbolos de una religión laica, instituida en función del proceso de aculturación, de socialización y de integración religiosa de las masas para la creación de un hombre nuevo.

4. Una concepción totalitaria de la primacía política, como experiencia integral y revolución continua, para realizar a través del Estado totalitario, la fusión del individuo y de las masas en la unidad orgánica y mística de la nación, como comunidad étnica y moral, adaptando medidas de discriminación y de persecución contra aquellos considerados excluidos de esta comunidad, por ser enemigos del régimen o por pertenecer a razas consideradas inferiores o de todas maneras peligrosas para la integridad de la nación.

5. Una ética civil fundada en la subordinación absoluta del ciudadano al Estado, en la devoción total del individuo a la comunidad nacional, en la disciplina, en la virilidad, la camaradería, el espíritu guerrero.

c) Dimensión institucional

6. Un aparato de policía que previene, controla y reprime, incluso con el recurso del terror organizado, la disensión y la oposición.

7. Un partido único, que tiene la función de asegurar, a través de una milicia propia, la defensa armada del régimen, entendido como el conjunto de las nuevas instituciones públicas creadas por el movimiento revolucionario; de proveer la selección de los nuevos cuadros dirigentes y la formación de la aristocracia del mando; de organizar a las masas en el Estado totalitario, comprometiéndolas en un proceso pedagógico de movilización permanente, emocional y religiosa; de actuar dentro del régimen como órgano de la revolución continua para la permanente ejecución del mito del Estado totalitario en las instituciones, en la sociedad, en la mentalidad y en la costumbre.

8. Un sistema político fundado en la simbiosis entre partido y Estado, ordenado según una jerarquía de funciones, nombrada desde arriba y dirigida por la figura del jefe investido de sacralidad carismática, que gobierna, dirige y coordina las actividades del partido, del régimen y del Estado y obra como árbitro supremo e indiscutible en los conflictos entre los potentados del régimen.

9. Una organización corporativa de la economía, que suprime la libertad sindical, amplía la esfera de intervención del Estado e intenta realizar, según principios tecnocráticos y solidarios, la colaboración de las clases productoras bajo el control del régimen para la consecución de sus fines de potencia, pero preservando la propiedad privada y la división de las clases.

10. Una política exterior inspirada en la búsqueda de la potencia y de la grandeza nacional, con el objetivo de expansión imperialista en vistas a la creación de una nueva civilización. (Gentile, 2002: 87-89)

El fascismo y Japón en la discusión historiográfica

La aparición de indicios de un sistema fascista en Japón ha generado un incesante debate entre la comunidad de historiadores tanto occidentales como orientales desde hace más de medio siglo. Entre los años treinta y cuarenta existió un criterio único entre los historiadores occidentales, el cual consideraba que la forma propia de estatismo y el aumento de la agresividad en el plano internacional durante el Japón Imperial eran evidencias claras del desarrollo de un tipo de fascismo en el país. El rápido acceso a la documentación japonesa durante la postguerra no pareció cambiar la opinión de la mayoría de especialistas, que influenciados por discursos moralistas reforzados por los recientes horrores de la guerra, percibían el gobierno japonés de los años treinta y cuarenta de naturaleza fascista innegable. La noción que se estableció en el Tribunal Militar Internacional para el Lejano Oriente (IMTFE) fue que el gobierno de principios del periodo Shōwa fue incuestionablemente *innature* fascista.

No es hasta los años 60 que emerge entre los historiadores occidentales una historiografía que se podría considerar revisionista. Este movimiento buscó hacer un análisis nuevo que hincapié en la idea de una continuidad de la política japonesa. Abandonando la idea de la aparición de elementos fascistas como consecuencia de los cambios producidos en la década de 1930, esta nueva perspectiva destacó que se habían producido pocos cambios a nivel político y cultural para explicar la deriva fascista del Japón Imperial. Gracias a estas teorías revisionistas se inició un intenso debate en torno al fascismo en Japón. Hoy en día, la mayoría de historiadores japoneses aceptan la posibilidad de aplicar el término fascista a este período, sosteniendo que se produjo cierta deriva fascista, mientras que prácticamente todos los historiadores occidentales han rechazado la idea. (Queenan, 2013: 278-279)

Jon Halliday en su obra *Una historia política del capitalismo japonés* (Halliday, 1975) publicada en el año 1975, ofrece una síntesis entre la interpretación marxista y la revisionista. En su obra sostiene que en las décadas de 1920 y 1930 no se produjo ningún cambio importante de régimen político ni el paso de una democracia a un régimen fascista como sostenían algunos historiadores. Pero Halliday adopta la definición marxista de fascismo en su obra, y según su interpretación, los imperialistas y capitalistas expansionistas trabajaron mano a mano no solo para sustentar su posición de dominio, sino también para mantener a raya las masas proletarias y la pequeña burguesía que amenazaban su dominio. Por ello, la represión a sindicatos y grupos socialistas que coincidió con el inicio del período Shōwa sirven para considerar, según esta definición marxista, a Japón como un estado fascista. La "Ley de Preservación de la Seguridad Pública" de 1925 fue un ataque directo a los movimientos socialistas, comunistas y anarquistas,

más tarde se amplió para incluir cualquiera en desacuerdo con la política gubernamental, incluyendo los movimientos por la independencia de Corea, algunos grupos religiosos de carácter radical, pacifistas, activistas estudiantiles, liberales y ultraderechistas. Esta sería la punta de lanza de la ofensiva dirigida por el gobierno contra los disidentes políticos hasta el final de la guerra del Pacífico en el 1945.

Otro ejemplo de historiografía revisionista es el artículo de Peter Duus i Daniel I. Okimoto *El fascismo y la Historia de Japón de la preguerra: El fallo de un concepto* (Duus i Okimoto, 1979), publicado en 1979. El artículo ofrece una nueva comprensión de la visión tradicional del fascismo en Japón. Ambos autores cuestionan la viabilidad del uso del término fascista como definición genérica para describir un movimiento político en particular. En el núcleo de su propuesta, se hace una revisión y refutación de las teorías del historiador japonés Maruyama Masao y su obra *Pensamiento y comportamiento de la política japonesa moderna* (Maruyama, 1963). Tanto Duus y Okimoto como Halliday resaltan la figura de Maruyama y su influencia como baluarte de la escuela de historiadores que consideran el período Shōwa como fascista y por su estudio sobre las diferencias entre el fascismo japonés y el europeo. (Queenan, 2013: 281-283)

Maruyama define el fascismo como una expansión contrarrevolucionaria como respuesta a unas circunstancias revolucionarias particulares, idea muy próxima a la visión marxista. Lo que propone es que el primer período Shōwa fue testigo de un aumento sin precedentes del ultranacionalismo definido como:

"Una diferencia cualitativa en la fuerza motriz interna que estimuló Japón, vista como una contrarrevolución aceptable para defenderse de las amenazas económicas y políticas, tanto en el interior como en el extranjero". (Maruyama, 1963: 59)

Según Maruyama, el ultranacionalismo japonés maduró a lo largo de generaciones y quedó arraigado en la sociedad japonesa a través de un programa de educación estatal estrictamente controlado que, animó el patriotismo y la lealtad de los ciudadanos. El estado trabajó para condicionar culturalmente a la población japonesa para convertir al Emperador (Tenno, soberano celestial) en el máximo exponente de los valores culturales y políticos de la nación, así como el poder soberano del estado, en palabras de Maruyama:

"El estado por lo tanto se incrusta en el tejido mismo de la sociedad en un grado sin precedentes en cualquier régimen totalitario previo". (Maruyama, 1963: 63)

Esto les sirve a Duus y Okimoto para apuntar la diferenciación que realiza Maruyama, en relación al fascismo europeo:

"En Japón no se produjo ningún movimiento de masas ni un culto a un líder supremo, pero se produjeron grandes problemas agrarios y se otorgó a los militares un papel central" (Duus i Okimoto, 1979: 67)

Basándose en esto, los autores afirman que el desarrollo de un gobierno "fascista" a principios del período Shōwa, a partir de la herencia europea y la conceptualización de la propia palabra hace imposible la comparación entre el marco Europeo y el Japonés:

"Ni Maruyama, ni nadie más, hasta hace poco, ha llegado a la conclusión obvia: el caso japonés es tan diferente del contexto europeo que no tiene sentido hablar de Japón en la década de 1930 como un sistema político "fascista". (Duus i Okimoto, 1979: 68)

Okimoto y Duus construyen sobre esta conclusión su discurso y llegan a animar a los futuros historiadores a ignorar la investigación sobre la cuestión del fascismo japonés:

"La imposición de una definición genérica de fascismo - aun suponiendo un acuerdo sobre su definición- lleva a distorsionar la interpretación del caso japonés y la única conclusión posible es la de considerar que no es correcto su aplicación, el fenómeno del fascismo ha desviado la atención de otras intrigantes preguntas que aún necesitan ser hechas sobre los años de 1930, y que puede conducir a perspectivas más útiles." (Duus y Okimoto, 1979: 72)

En Japón, siguiendo la estela de Maruyama, se produjo una tendencia completamente opuesta, en la que se estableció un consenso considerando Japón como un régimen claramente fascista. Uno de los más destacados historiadores fue Abe Hirozumi, en cuya obra consideraba que:

"Los golpes de estado militares, la expansión en Manchuria, y la formación de organizaciones radicales de derecha proporcionan evidencias para sustentar la aparición de un régimen fascista ya en 1931 y afianzado en 1936 con el inicio de las movilizaciones masivas y la censura." (cit. en: Queenan, 2013: 284)

Recientemente ha aparecido el artículo de Marcus Willensky *"El fascismo japonés revisitado"* (Willensky, 2002) que representa la vanguardia del enfoque esencialista, basado en un análisis más profundo de las bases ideológicas de la concepción fascista. Como Duus y Okimoto, Willensky aborda la cuestión del "fascismo japonés" con una descripción de las diferentes

interpretaciones que ha aportado la historiografía (marxistas, no marxistas y revisionistas) para demostrar la complejidad del debate y proponer una solución. Se aparta de la discusión sobre la naturaleza del término fascismo, que revela como un producto de décadas de mal uso y falsa aplicación del concepto y va directo a las fuentes del fascismo: Alfredo Rocco y su obra *La doctrina política del fascismo* (Rocco, 1925) y la obra de Benito Mussolini *La Doctrina del Fascismo* (Mussolini, 1935). Estos textos se presentan como claves para definir el fascismo para Willensky. Estas primeras teorías eran capaces de evitar el dilema que enfrentan los sucesivos intentos académicos para realizar una definición del término por centrarse en su aplicación, por ello podría resultar útil como un término comparativo entre circunstancias históricas particulares. Como argumenta Willensky:

"Si aceptamos la admisión de Rocco que para el fascismo lo importante es la meta y no el medio, aceptamos la idea que el fascismo puede asumir muchas formas en países y situaciones diferentes. El fin al que Rocco y Mussolini se esforzaban en llegar fue el de un Estado todopoderoso que desempeñara un papel central en la organización de la vida de todos sus ciudadanos. Cómo esto se logró fue menos importante para ellos que su realización. La posición de muchos estudiosos contrarios es un fracaso, pues es luchar en contra de las intenciones de los propios creadores del fascismo." (Willensky, 2002: 59)

Al afirmar esto, la propuesta de Willensky elude la retórica en la que se basa la negativa revisionista ya que, libre de las particularidades de una cultura o de un nacionalismo, el *fascismo* tiene una directriz simple y específica: la toma del poder y la creación de un estado todopoderoso para desempeñar un papel central en la organización de las vidas y los medios de vida de todos sus ciudadanos independientemente de qué métodos se utilizan para lograr este fin. Willensky argumenta que la ausencia de un movimiento de masas, un culto al líder, junto con otras ausencias del fascismo europeo en Japón no tienen importancia. Para la propia definición del concepto en Japón, Willensky emplea la teoría de Yoshino Sakuzō, un académico japonés, historiador y profesor de ciencias políticas y defensor de los principios democráticos durante el reinado del Emperador Taisho. Como observador de la época, Yoshino define el fascismo a grandes rasgos el mismo año en el que el tratado de Mussolini fue publicado:

"Implica el gobierno de unos pocos decididos y disciplinados frente a una masa de irresolutos indisciplinados. Es anti-democrática, y en particular ataca el parlamentarismo, es de carácter nacional más que internacional, tiende a dignificar el Estado frente al individuo, o cualquier grupo de personas, a excepción, por supuesto, del grupo en cuyas manos se concentra el poder. Estas son las ideas que animan a diferentes grupos en Japón y por lo tanto, a pesar del rechazo ocasional del título, pueden ser llamados fascistas." (Willensky, 2002: 63)

Para Willensky en la práctica, esta definición revela características fascistas fácilmente identificables en el régimen político de principios del período Showa. Por ejemplo, el poder y la política del gobierno fue relativamente indiscutible tras la creación del *Taisei Yokusan Kai* (Asociación de Asistencia al Régimen Imperial) como el único partido político en el parlamento después de la disolución del resto. Por otra parte, la figura imperial bajo la constitución Meiji, tenía una amplia autoridad sin restricciones, como comandante en jefe sobre el personal militar y de la marina de Japón o como jefe de gobierno con la capacidad de promulgar leyes. Si bien hay que señalar que Hirohito ejerció tales poderes moderadamente, sus capacidades no tenían precedentes por parte de cualquier otro monarca constitucional en ese momento.

Pero con todas estas ideas también aparecen otras que pueden ser contradictorias, por ejemplo, el por qué de la continuidad cultural y política de Japón desde el establecimiento del estado Meiji. Como se pregunta Halliday, "si Japón era fascista en 1941, debería ser llamado fascista en 1915?". Esta larga evolución hacia un estado más manifiestamente *fascista* fue señalada por intelectuales japoneses contemporáneos, como el periodista Hasegawa Nyozeikan cuya frase "La frescura del fascismo", acuñada en 1932, especifica el ascenso del fascismo en las estructuras gubernamentales existentes sin la necesidad de una revolución violenta. (Queenan, 2013: 288-289).

Para el fascismo, como indica Mussolini:

"Todo es el estado, y nada humano o espiritual existe fuera del estado, éste como la síntesis y la unidad de todos los valores, interpreta, desarrolla y da fuerza a toda la vida de las personas, el Estado es una comunidad que se perpetua a lo largo de la historia, es una multitud unida por una sola idea, que es la voluntad de existencia y de poder. (cit en: Willensky, 2002: 68)

Con esta idea Willensky argumenta que para el Japón imperial, esta "voluntad de existencia y de poder", fue la voluntad del emperador y la encarnación del *kokutai*, que representa la razón de ser de la nación japonesa desde el establecimiento de la noción del Estado de Meiji en el siglo XIX. Por lo tanto, si se tiene en consideración el fascismo de Mussolini y Rocco, pueden verse semejanzas compartidas entre la ideología del *kokutai* y la concepción de la relación del Estado fascista con sus ciudadanos de Mussolini, y por ello para Willensky:

"[Los oligarcas Meiji] creando una gran variedad particular de los mitos y los valores modernos con el paso del tiempo, han creado las bases para una "nación fascista". El Japón imperial era fascista no porque fuese una copia de lo que ocurría en Italia y Alemania, sino

porque eso era lo que pretendían los oligarcas Meiji que fuese, aunque en ese momento no tenían la palabra para describirlo como tal". (Willensky, 2002: 71)

Los diferentes análisis historiográficos han demostrado que la cuestión del "fascismo japonés" es multifacética y de difícil respuesta. Si bien la historiografía revisionista aporta una contundente teoría en contra de la existencia del fascismo en el Japón de entreguerras, no resulta irrefutable. Por ello, según lo revelado por el enfoque "esencialista" y la revisión de los textos de Mussolini y Rocco, la afirmación revisionista del fascismo como una terminología inviable, en base a las acusaciones de una observable falta de elementos de desarrollo europeo fascista en Japón y sobre la continuidad cultural y política ininterrumpida dentro de Japón desde el establecimiento del estado Meiji, pueden basarse más una idea errónea de lo que Duus y Okimoto definen como una realidad incuestionable.

Elementos ideológicos de la ultraderecha japonesa

La ideología de la ultraderecha japonesa tiene mucho en común con las ideas propias del fascismo Italiano y Alemán, la base teórica de estos planteamientos eran el rechazo al individualismo propio del liberalismo de la época, una clara oposición al parlamentarismo, que consideraban la expresión política de la oligarquía dominante, la idea de la necesidad expansionista del estado, una tendencia a glorificar lo militar y la propia guerra, una obsesión por la recuperación de los mitos del pasado y de la esencia de la nación y el rechazo a la lucha de clases junto con una clara oposición a las teorías Marxistas. La influencia de estas ideas queda clara en las palabras de Okawa Shumei (1886-1957), uno de los más importantes ideólogos de la ultraderecha japonesa y del concepto de *Kokutai*, el cual, filósofo de formación, fue una figura de gran relevancia en la política y el pensamiento del Japón de entreguerras. Éste define el capitalismo y el socialismo como:

"La lucha entre capitalismo y socialismo no es una cuestión de principios. Los dos se basan en el mismo principio sino que la lucha es la realización práctica de la misma idea. El capitalismo busca limitar las posesiones materiales a un pequeño número de personas mientras que el socialismo busca distribuir esas posesiones entre un amplio número de trabajadores. Pero en los dos casos se le da un valor excesivo a las posesiones materiales y en encontrar la felicidad en la posesión de lo material. Si la forma en que se aprecia el valor material no se reforma, nada bueno se puede esperar de transformar el sistema capitalista en un sistema socialista."
(cit. en: Maruyama, 1963: 33)

A parte de estas cuestiones en las que la ideología de la ultraderecha japonesa y el fascismo europeo coinciden, hay toda una serie de ideas propias de la sociedad y la cultura japonesa que estos ideólogos desarrollaron para asimilarse a la realidad japonesa.

Un elemento clave de la ideología de la ultraderecha japonesa es la importancia de lo que se ha llamado el sistema de familia. Esto es la consideración del estado como una familia, basando la estructura del mismo en una unión de familias, considerándose la familia imperial como el tronco principal y el resto como ramas que surgen de ella. Esto no era considerado como una idea abstracta sino como una idea sustentada en hechos históricos en los que la sociedad japonesa mantenía inalterada la estructura social basada en las relaciones de sangre. La idea de la nación de familias junto con la de la lealtad y el amor filial es propia del estado Meiji y, aunque la ultraderecha no tiene el monopolio, éstas aparece constantemente en su ideario. (Maruyama, 1963: 34-38)

El otro gran teórico de la ultraderecha es Kita Ikki (1883-1937), que en su influyente obra *"Esquema general para la reconstrucción de Japón"* refiriéndose al estado Japonés, lo considera "una familia orgánica e indivisible". Si bien es cierto que en el fascismo alemán aparecen conceptos semejantes a esta idea de familia, como el llamado *volksgemeinschaft*, traducido como la comunidad de la gente, no se lleva al extremo como en el caso de Japón. En ese sentido y a diferencia del emperador, Hitler no se consideraba un padre de la familia alemana sino un líder para la gente.

Otro de los elementos que difieren completamente del ideario fascista europeo es el Pan-Asianismo, la idea de la emancipación de las naciones asiáticas del colonialismo europeo. Estas teorías se basaban en un ideario anticolonial cuya idea era la de sustituir a las potencias europeas en Asia por un dominio japonés, de forma que como nación asiática más adelantada se encargaría de su defensa y protección.

Un elemento clave para la comprensión del fenómeno en Japón es la posición prominente que ocupa la idea del agrarismo. Es propio del fascismo considerar la necesidad de una fuerte autoridad estatal que ejerza un férreo control de todos los aspectos de la industria y la sociedad de forma centralizada. Pero en Japón esta tendencia se contrapuso con las demandas por parte de los pueblos campesinos de una mayor autonomía para hacer frente al avance de la industrialización y estas quedan reflejadas de forma importante en la teoría de la ultraderecha japonesa. Esto supone dos grandes contradicciones con las teorías fascistas, por un lado el agrarismo parte de la idea de la necesidad de descentralizar el país, dando más autonomía de gobierno local a las provincias, imposibilitando la aplicación de un control totalitario del país, siendo este un elemento que se encuentra en la raíz del fascismo europeo; y por otro lado el agrarismo aboga por los valores tradicionales del campesinado japonés, lo que difiere con la modernidad intrínseca del fascismo europeo. Este pretendía un cambio de la relación del hombre no solo con su estado sino con el conjunto de la sociedad, buscando una modernidad que no encontraba en el liberalismo europeo, que consideraba anticuado y decadente. Esta búsqueda de la modernidad se contraponen claramente con el agrarismo que propugnaron muchos teóricos japoneses, lo que dificulta en gran medida la aplicación del término fascismo al Japón de este período.

Volviendo a Shumei Okawa podemos ver la relevancia de la idea del agrarismo:

"Debemos rechazar de pleno una política de economía capitalista basada en el comercio y la industria en imitación de Occidente sino que se debe establecer una economía nacional basada en la agricultura." (cit. en: Maruyama, 1963: 45)

Okawa también insiste en una descentralización frente a la centralización, la autonomía local frente al centralismo parlamentario y una promoción de las aldeas frente a las grandes ciudades. Esto suponía una gran contradicción pues por un lado promovían la necesidad de un estado poderoso y absolutista centrado en la figura del emperador y por otro lado tendían a centrar la concepción de Japón dando más fuerza a las provincias. Estas teorías produjeron un fuerte enfrentamiento entre los partidarios de la importancia de la industrialización bajo el control absoluto de un estado centralizado y los que abogaban por un agrarismo centrado en las provincias. (Maruyama, 1963: 43-46)

Uno de los mayores representantes de este provincialismo es Gondo Seikyo (1868-1937), que en su obra *"El autogobierno del pueblo y la autoayuda rural"* comenta:

"En el presente estado de miedo y aprensión los pueblos son los que más sufren. Nuestros pueblos son la base fundacional del país y la fuente de todas nuestras costumbres. Hoy en día los campesinos son la mitad de la población, ellos utilizan la mayoría de la tierra y producen una gran proporción de los alimentos de primera necesidad para la nación y aportan materias primas para la industria y para los bienes comerciales." (cit. en: Fletcher, 1979: 60)

La teoría política de Gondo es claramente antioficialista, antiurbana y antiindustrial basado en la creación de un estado creado desde la base, desde las comunidades campesinas en oposición al sistema estatal. Contrapone el concepto de comunidad al de nación como se indica en este párrafo:

"Si todo el mundo se convierte en territorio japonés, la concepción del estado japonés será innecesaria. Pero la concepción de comunidad nunca podrá ser descartada. La palabra estado se usa para oponer una nación a otra, es una palabra que representa una división en un mapa y representa la progresiva formación solidaria entre pueblos, distritos, ciudades y finalmente países en respuesta a la necesidad humana de vivir en sociedad. Aunque todos los países deshagan sus fronteras, el concepto de comunidad no será destruido mientras exista el hombre" (cit. en: Fletcher, 1979: 62)

Podemos ver el origen de estos ideales en el surgimiento del primer nacionalismo durante la época Meiji. Aparecieron como una crítica a la disparidad del crecimiento entre Tokio y las provincias y a la rápida industrialización del país, basada en un sacrificio del desarrollo agrario en pos de un rápido desarrollo de la industria. Las masas agrarias del país se vieron más radicalizadas con la grave crisis económica que siguió al crack del 1929 y que tuvo un gran efecto en una economía eminentemente importadora como la japonesa, teniendo un especial efecto en el campo. Esta radicalización se observa en que la mayoría de los militares de

ultraderecha que apoyaron estas ideas y trataron de tomar el poder para redirigir la política estatal provenían del campo.

En el sentido de la necesidad de un cambio de paradigma económico hay que destacar la importante influencia del ideario desarrollado por Kitta Ikki. Éste proponía un cambio tanto en la economía como en la política. Para él la política debía basarse en un estado centralizado bajo la autoridad absoluta del emperador, lo que incluía la suspensión de la constitución por la autoridad del emperador, la disolución del parlamento y la necesidad de un golpe de estado para realizar una reconstrucción nacional. En el aspecto económico abogaba por la abolición parcial de la propiedad privada superior a un millón de yenes y la confiscación de cualquier superávit generado, en ese sentido proponía una limitación de la posesión de la tierra que no podía superar los cien mil yenes y la nacionalización de las empresas con un capital superior a diez millones de yenes o más. Estas reformas buscaban crear un sistema económico basado en la producción de la pequeña propiedad campesina y en la creación de grandes complejos industriales dirigidos por el gobierno. (Szpilman, 2002: 486)

Todos estos intelectuales no deseaban un retorno a las relaciones colectivistas de una sociedad agraria preindustrial, buscaban una forma de cohesión social que uniese la realidad del desarrollo económico con los valores tradicionales del campo. En este sentido, el pensamiento de la ultraderecha era un intento de resolver una de las contradicciones centrales de la estrategia de desarrollo del periodo Meiji. Los oligarcas Meiji habían buscado un crecimiento económico a través de la iniciativa del capital privado, mientras promovían una ética anticapitalista a través del sistema educativo. (Fletcher, 1979: 63)

Los intelectuales proponían hacer frente a esta contradicción mediante la creación de un orden social que modulase los impulsos con fines de lucro de los capitalistas mediante la simplificación de la estructura social, eliminando el mecanismo de mercado como el medio principal para la asignación y distribución de los bienes sociales. Deseaban lograr la armonía social y el consenso con las reformas institucionales que predicaban y redirigir el materialismo individual hacia un fin colectivo. Además, el problema de la realización de todo este ideario chocó directamente con otra de las ideas más importantes para la ultraderecha japonesa del momento, la necesidad expansionista que requería una industria de guerra potente y al final todas estas ideas de reforma social y económica fuera del capitalismo quedaron en nada pues la realidad y no las ideas marcó el ritmo a seguir.

La cuestión racial

La cuestión racial ha jugado un papel destacado dentro de las teorías fascistas, si bien el espectro de importancia varía según en qué estado se centre la mirada. En Italia, como ya se ha hablado anteriormente esta componente racial no apareció hasta el 1938 mientras que en la Alemania la cuestión racial tuvo un papel importante desde el primer momento.

A diferencia de la Alemania nazi, Japón nunca adoptó oficialmente políticas explícitamente raciales, a nivel oficial se hizo hincapié en lemas como *gozoku kyowa* (ver figura 1) (la cooperación entre las cinco nacionalidades que habitan en Manchuria: manchúes, mongoles, coreanos, chinos y japoneses) dentro del proyecto japonés para la construcción nacional de la Manchuria ocupada desde 1932. Pese a que oficialmente se instaba a esta unión, muchos intelectuales pensaron sus teorías políticas y sociales en términos raciales, esto lo constata la aparición de grupos radicales que casi sin excepción, suscribían un concepto racial de la historia. El propio Okawa Shomei teorizó la idea de un conflicto racial definitivo entre Japón, considerado "el estado más fuerte en oriente" y Estados Unidos, "el estado más fuerte de occidente". Este conflicto inevitablemente enfrentaría los dos estados y a las dos razas (ver figura 2). Pese a que Okawa luchó públicamente por la liberación de Asia, consideraba al resto de pueblos asiáticos como desperdicios y como "pueblos sin estados" que "no debe ser considerada como igual a los japoneses". Incluso los sectores más liberales como el primer ministro Hiranuma Kiichiro, también vio la historia como una guerra de razas. En la década de 1910, le dijo al Príncipe Yamagata Aritomo, "tan pronto como surja la oportunidad, los blancos unirán sus fuerzas para conquistar a la gente de color". Otros personajes relevantes de la política japonesa seguían estas ideas, como el almirante Kamiizumi, que consideraba la raza y la homogeneidad racial, como un factor importante en las relaciones internacionales. Creía que Japón era superior a los Estados Unidos por ser un país étnicamente homogéneo en contraposición a una nación multiétnica como la americana, argumentaba que esta homogeneidad étnica mantiene la solidaridad nacional y la cohesión. (Reynolds, 2004: 184-187)

La historia japonesa desde los primeros contactos con occidente en el siglo XIX, está marcada por una constante discriminación racial propia de la época colonial, además tuvieron que hacer frente a la discriminación americana contra los inmigrantes japoneses y a la dura política de inmigración basada en la raza de Australia. A pesar de los esfuerzos para llevar a cabo una modernización de Japón y sus éxitos militares sobre China y Rusia, seguían sin ser considerados como iguales por los europeos. Esta ausencia de aceptación racial y cultural hizo aparecer la idea de un futuro conflicto entre Este y Oeste, para ganar este conflicto se necesitaría el apoyo de otros países asiáticos, pero reconociendo la superioridad de Japón y aceptando su rol natural

como líder. Esta suposición subyacente de superioridad permitió a los japoneses racionalizar su colonización en Corea y en China.

Por otro lado, estas experiencias discriminatorias vividas por Japón les llevó a impulsar una cláusula en la carta de la Liga de Naciones llamada "contra el racismo", la cual pretendía la igualdad de todas las razas, pero que sin más apoyos no fue aprobada.

Aunque los japoneses estaban más preocupados por sus propios intereses que por la igualdad racial como un ideal universal, encontraron las teorías raciales de Hitler difíciles de aceptar. Las diferencias con Alemania se reflejan en su negativa a participar en la "Solución Final" de Hitler del "problema judío". (Beasley, 1995: 328-334). Los intelectuales japoneses comprendieron que las ideas de pureza racial que propugnaba Alemania y la supuesta superioridad racial japonesa dificultaría en gran medida las campañas para la armonía racial en Manchukuo y los esfuerzos por conseguir impulsar a los ciudadanos no japoneses del imperio a servir al Estado. Por ello, muchos funcionarios favorecieron un enfoque en el que la superioridad japonesa se debía a su éxito en la síntesis de lo viejo y lo nuevo, en la unión entre oriente y occidente y en una cultura moderna. Esto les permitía basar el liderazgo japonés en el mérito demostrado, no en la raza. Pero las políticas cada vez más duras que se aplicaron en Corea reflejan que este sentido de superioridad, ya sea basado en la raza, en la cultura o en ambos, fue el motivo por el que los japoneses cometieron innumerables atrocidades. Esto se vio aumentado por la indignación que producía que los asiáticos se negasen a aceptar el liderazgo japonés. Sin embargo no se intentó culpar o exterminar a ningún grupo particular de personas por motivos raciales.

Desde finales del siglo XIX, sin embargo, el término "raza" se había usado popularmente para describir lo que hoy se llama "grupo étnico" o "nación". En este sentido de la palabra, los japoneses perseguían políticas "racistas" respecto a otros asiáticos. Desde el momento del incidente de Manchuria, por ejemplo, los informes japoneses degradaban a los chinos, presentándolos como cobardes, corruptos y faltos de patriotismo. Estas ideas sirvieron para racionalizar las atrocidades que Japón llevó a cabo en China con el miedo generado por la dificultad de distinguir entre civiles y soldados y el enojo por la continua resistencia china. (Tansman, 2009: 225-230)

Pese a todas estas ideas no se puede negar la importancia de la cuestión racial en Japón, aunque desde el gobierno oficial no se llevase a cabo una política racial concreta, la cuestión racial era de vital importancia para el conjunto de la sociedad japonesa y para la mayoría de los intelectuales del momento. Pero, siguiendo la idea del juez indio Radhabinod Pal, juez del Tribunal Penal Militar Internacional para el Lejano Oriente, nos podemos preguntar hasta qué punto Japón y los japoneses simplemente siguieron el ejemplo de los europeos en el continente asiático.

El concepto de *kokutai* en la ideología ultranacionalista

La transformación de Japón en un estado-nación en el sentido moderno no se puede entender sin el trabajo de los intelectuales pertenecientes a las escuelas de Kokugaku y Mito (asociaciones de intelectuales con gran influencia en la política japonesa), que desarrollaron una intensa labor ideológica al final del período Tokugawa, éstas, promovieron un nacionalismo temprano de carácter espiritual e imperial basándose en un refortalecimiento del sintoísmo como religión vertebradora del estado bajo la figura del emperador. Estas ideas tuvieron un gran peso durante el período Meiji, momento en que se produjo una radicalización del nacionalismo japonés que tuvo su máximo exponente en el período de entreguerras.

El sintoísmo fue declarada como "religión suprema" y se instauró definitivamente como una religión de estado en la que todo ciudadano debía participar. Esta acción fue una forma de dotar de una aura mitológica a la figura del emperador y a la familia imperial ante la necesidad de unificar el conjunto de la población japonesa. Así, se remontó la genealogía imperial hasta la diosa Amaterasu, diosa del Sol, buscando el elemento que podía servir de unión espiritual del pueblo con el emperador y dotando su figura, mediante el culto sintoísta, de un trasfondo simbólico. (Shimazu, 2006: 72-76)

Es bajo estas ideas que aparece el concepto del *Kokutai*, concepto de difícil traducción y que puede traducirse como "esencia nacional". Esta era una ideología que buscaba reforzar la unidad de Japón mediante la creación de la idea del estado-familia, basada en el establecimiento de un sentimiento de pertenencia al estado, mostrándolo como un padre de familia y asemejando ideológicamente el emperador a un padre con una extensa familia que debía proteger. Pero el *Kokutai* daba un paso más, también hacía referencia a la verdadera esencia de las características y valores supuestamente únicos y eternos de la nación japonesa, características que distinguían Japón del resto de países y lo hacía superior a ellos.

El origen de esta idea se remonta a principios del siglo XIX y según Yamagata Taika (1781-1866), en 1856 la propia palabra era desconocida, este le atribuye su introducción a la escuela de Mito y concretamente a Aizawa Seishisai (1782-1863) que fue el primero en utilizar este término y en dotarlo de significado en 1825. (Valderrama, 2006: 128)

La historiografía ha distinguido tres fases de pensamiento de esta ideología: la fase de formación (1825-1890), la fase clásica (1890-1937) y la llamada fase de la arrogancia (1937-1945). La etapa de formación se inició a principios del siglo XIX, con la publicación de las ideas de Aizawa Seishisai (1782-1863). Esta fase incluye el periodo de mayor cambio de la

sociedad japonesa: la caída del estado Tokugawa, la apertura del país al mundo exterior, y la creación del Imperio Japonés moderno.

En este primer periodo las escuelas de intelectuales jugaron un papel destacado, llevando a un nuevo nivel el culto sintoísta. Unieron la ideología sintoísta que consideraba Japón como lugar sagrado para los dioses y que lo hacía superior al resto de países con el concepto confucianista de obediencia al gobernante y al estado, gobernante que era descendiente de los dioses por una familia imperial sin interrupciones a lo largo de la historia. Para dotar de un contenido histórico estas ideas, estos intelectuales utilizaron escritos clásicos de principios del siglo VIII, como el Kojiki (712) o el Nihongi (720) que narran el origen mitológico de Japón, dándolos por hechos verídicos y no como leyendas (*ver figura 3*). (Kitagawa, 1974: 212-214)

En ellos se relata que Amaterasu, diosa del sol y deidad ancestral de la casa imperial, había confiado el dominio sobre el país para toda la eternidad a sus descendientes, los emperadores los cuales serían los encargados de constituir un linaje legítimo e ininterrumpido, de una forma en la que, por extensión, la divinidad imperial se podía aplicar al conjunto de la población japonesa. Uno de los más destacados defensores de esta idea fue Hirata Asutane (1776-1843), que en su obra "*Kodo Taii*" publicada en 1824 dice:

"Nuestro país es verdaderamente la tierra de los dioses; desde el hombre de más bajo rango hasta el de más elevado, somos, sin ninguna duda, los descendientes de los dioses" (cit. en: Kitagawa, 1974: 213)

La fusión con las ideas de Confucio, dominantes en el Japón de ese período, tuvieron una gran importancia, especialmente los conceptos de la relación entre el vasallo u oficial y el señor, caracterizado por la lealtad más absoluta (*chung*, en chino clásico) y la relación padre e hijo, caracterizada por el amor filial (*hsiao*, en chino clásico). La interpretación japonesa de esta doctrina se puede ver en la idea de una unidad de los dos conceptos en el lema "*chuko itchi*" (unión de la lealtad y el amor filial). Esta piedad filial junto con la lealtad al señor se debía aplicar a un respeto y veneración absoluta hacia el emperador.

Estos conceptos no se quedaron simplemente en lo teórico sino que fueron la base de la ideología del nuevo imperio surgido de la restauración Meiji y se transmiten claramente en su constitución aprobada el 11 de febrero de 1889, vigente hasta la derrota japonesa en la Guerra del Pacífico. Muy influida por el derecho constitucional prusiano, ésta define el papel del emperador como ser santo, inviolable y más allá de toda responsabilidad, siguiendo las teorías de la escuela Mito y Kokugaku. Pero también contiene disposiciones para la prevención de la posibilidad de un despotismo imperial, como se muestra en los artículos cuatro y cinco, con lo que se ponía freno al poder absoluto que pretendían estos teóricos. (Valderrama, 2006: 131)

La segunda etapa del desarrollo del concepto de *Kokutai*, la época clásica, se inicia con la aparición de uno de los documentos que más influyó en la orientación ideológica del país, el Edicto Imperial sobre la Educación (*Kyoiku ni kansuru chokugo*) publicado el 30 de octubre de 1890.

Los edictos imperiales tenían la función de aconsejar a la sociedad japonesa sobre los diferentes temas que les afectaban, en este caso, era una guía para la educación moral obligatoria (*shoshin*) en las escuelas de primaria, pero su significado real fue mucho más allá, este edicto se convirtió en la base moral del estado Meiji y la fundación oficial de la ideología *kokutai*. Tal fue su importancia que sólo tres meses después de su proclamación, copias oficiales del texto, junto con el retrato imperial, eran adorados en las escuelas, convirtiéndose el propio decreto en un objeto casi religioso, la encarnación y la materialización de la esencia espiritual de Japón. Hay que destacar que no se trataba de un panfleto nacionalista, sino que era una simple guía para llevar una vida moralmente respetable como nos indica el propio texto:

Sabed , Nuestros súbditos:

Nuestros antepasados imperiales fundaron Nuestro Imperio sobre una base amplia que tiene profunda y firmemente implantada la virtud. Nuestros súbditos siempre unidos en la lealtad y la piedad filial de generación en generación ilustran la belleza del mismo. Esta es la gloria del carácter fundamental de nuestro imperio, y aquí también se encuentra el origen de Nuestra educación. Vosotros, nuestros súbditos, debéis ser fieles a vuestros padres, afectuosos con vuestros hermanos y hermanas y esposos y esposas, sed armoniosas, como verdaderos amigos; ampliad vuestra benevolencia para todos; perseguid el aprendizaje y cultivad las artes, de esta manera se produce el desarrollo de las facultades intelectuales y morales perfectas; además, haced el bien público y promoved los intereses comunes; siempre respetando la Constitución y las leyes; en caso de emergencia, debéis ofrecerlos con valentía al Estado; y mantener la prosperidad de Nuestro trono imperial con el cielo y la tierra. El camino que aquí se expone es de hecho la enseñanza legada por nuestros antepasados imperiales y debe ser respetada por igual por sus descendientes y los súbditos, necesaria para todas las edades y verdadera en todos los lugares. (cit. en: Reynolds, 2004: 164)

Así queda definido el núcleo del concepto del *kokutai*. Como dice el edicto, el imperio japonés es, según los registros, de origen divino, la familia imperial posee inherentemente la virtud desde sus inicios. El soberano y sus súbditos están vinculados entre sí a través de la absoluta lealtad del pueblo, semejante al amor filial de un niño hacia su padre, de esa forma la nación queda representada como una gran familia, no sólo en el sentido simbólico, sino por lazos de sangre a través de los antepasados divinos comunes. Así, la doctrina se convirtió en la ideología oficial del Estado y la educación moral en la escuela primaria y en las casernas aseguraron su

difusión entre el pueblo. La importancia de este edicto queda patente con la publicación de un comentario general sobre el Edicto Imperial llamado "Sobre la Educación de 1890" que se publicó por primera vez en 1937 bajo el título *Kokutai no hongu* (Principios básicos de la Política Nacional). Hasta el final de la guerra en 1945, este texto fue una lectura obligatoria en las escuelas japonesas y el mando supremo aliado lo prohibió específicamente al final de la guerra. (Kitagawa, 1974: 221-224)

La publicación de este edicto generó un intenso debate académico con la posición del emperador como principal punto de discusión, debate que se polarizó en dos ideas, los que consideraban la figura del emperador como una parte más del estado, defendido por el jurista constitucionalista y político del periodo, Minobe Tatsukichi (1873-1948) y los que lo consideraban como la propia encarnación del Estado, como postulaban Hozumi Yatsuka (1860-1912) y Uesugi Shinkichi (1878-1929). Minobe consideraba que no había ninguna diferencia sustancial entre la monarquía japonesa y las monarquías europeas, mientras que sus oponentes enfatizan el "carácter especial" de Japón defendiendo la idea del *kokutai*. El desenlace de este conflicto, fue fundamental para el desarrollo intelectual de Japón durante la década de 1920 y 1930. En febrero de 1935, como parte del llamado debate *Kokutai*, los contrarios a Minobe lo acusaron de lesa majestad en el Parlamento y sus obras fueron prohibidas, fue arrestado, y expulsado de la Cámara de los Pares. Esto allanó el camino a las interpretaciones de Uesugi Shinkichi y sus seguidores, interpretaciones fundamentalistas del concepto de *kokutai* y que le insuflaron un nuevo misticismo religioso. Junto a Uesugi destaca Hozumi Yatsuka, que define el *kokutai* como el rasgo inmutable de cualquier nación, pero el de Japón, se encuentra marcado por el gobierno directo del emperador, característica siempre inmutable. Siguiendo esta definición, el término *kokutai* se incorporó a la ley por primera vez como una cláusula de la "Ley de Preservación de la Paz" (*Chian iji ho*), promulgada el 12 de mayo de 1925. Solo cuatro años después, la Corte Suprema Imperial dio una definición vinculante de *kokutai* como un término legal en su edicto del 31 de mayo 1929. De acuerdo con esto, el *kokutai* se definió como una forma de gobierno, en el que el emperador, de linaje ininterrumpido, ejecuta el poder supremo siendo el estado mismo. (Kitagawa, 1974: 226)

El misticismo de Uesugi, la incorporación legal del término *kokutai* según la definición de Hozumi y la derrota de Minobe allanaron el camino para el auge de la ideología del *Kokutai* iniciándose así la "fase de la arrogancia" (1937-1945). Se convirtió en una ideología aceptada por el conjunto de la sociedad, ideología que postulaba la necesidad de la unidad absoluta y la superioridad y sacralidad religiosa de la nación japonesa. Hay que destacar que es en este periodo cuando aparece, el lema *hakko-ichiu* (todo el mundo bajo un mismo techo), una idea que buscaba aplicar el concepto a la política internacional asimilando Japón al emperador como figura paternal que debía proteger a la comunidad internacional, idea que sirvió para justificar el

expansionismo militar en el continente. La aparición de la secta Nichiren tuvo un papel especialmente destacado en la promoción de estas ideas. Brian Victoria ha documentado cómo prominentes sacerdotes budistas Zen pregonaron la ideología *kokutai* y promocionaron la práctica budista como un medio para profundizar el compromiso con el emperador y el estado, por ejemplo, vinculando la meta budista de extinguir el deseo con el concepto anti-individualista de la unidad con el emperador. En este surgir del nacionalismo japonés en la época Meiji y su radicalización en los años treinta pueden verse puntos en común con los ideales fascistas que veían la necesidad de reafirmar el carácter de superioridad no solo racial sino también nacional, en una nación étnica, religiosa e ideológicamente homogénea. Para ello, se buscaron y se ensalzaron mitos del pasado pretérito para vehicular un discurso de superioridad nacional como unión del conjunto de la población. Se puede encontrar un paralelo en el desarrollo del concepto de *volk*, que no solo implica la raza germana sino también la nación alemana, concepto basado en aspectos románticos del pasado mítico germánico. (Reynolds, 2004: 58-67)

Por estas semejanzas y por la importancia e implicaciones del *kokutai* muchos historiadores como Maruyama o Willensky han considerado que el desarrollo de ese concepto es un elemento de clara tipología fascista y es usado como ejemplo principal por los que afirman la realidad del fascismo japonés. Para otros, en cambio, es un elemento surgido durante la restauración Meiji, que aunque claramente surgido de un régimen autoritario poco o nada tiene que ver con la concepción del fascismo; simplemente es la respuesta a la necesidad de vehicular un discurso unitario para la población japonesa.

El expansionismo imperial: El pan-asianismo

Aunque el imperialismo es anterior al fascismo, éste y la búsqueda del llamado "espacio vital" (*Lebensraum*) son componentes importantes de la ideología fascista. En el caso japonés se basaron en la asunción de la superioridad racial, cultural y espiritual japonesas, todo ello envuelto en una retórica sobre la misión divina de Japón en el continente asiático. Estas ideas beben directamente de las teorías expansionistas alemanas, pero mientras que en el caso alemán estas prometían el paraíso sólo para los superhombres de una raza, el expansionismo japonés parece haber sido un fenómeno más complejo. No solo pretendía asegurar el espacio vital para el pueblo japonés, sino también pretendía liberar a las masas oprimidas por el colonialismo europeo en toda Asia. Es innegable que, en parte, este pan-asianismo sirvió para justificar la expansión colonial de Japón, pero también hubo por parte de muchos teóricos, un sentimiento idealista y altruista en la supuesta misión divina japonesa. A pesar de esta distinción entre el expansionismo japonés y el alemán se ha visto que la aceptación general del imperialismo y el expansionismo en la sociedad japonesa facilitaron las interpretaciones favorables a considerar el caso japonés como un tipo de fascismo por las similitudes entre la necesidad expansiva de los tres imperios. (Beasley, 1995: 367)

Estas teorías chocaron con un análisis sesgado de la realidad asiática, análisis que mitigaba las importantes diferencias sociales y culturales del continente en pos de una homogeneidad liderada por la cultura japonesa. Esta actitud fue particularmente notable en el caso de Corea, donde no solo se les negó a los coreanos el derecho a la independencia, sino que también se les prohibió tener una identidad étnica separada de la japonesa. Para los conservadores y la extremaderecha japonesa los coreanos eran considerados como japoneses que, por complejas razones históricas se habían separado del buen camino y debían ser devueltos a la senda correcta siendo sometidos a marginación. Por ejemplo, para el Almirante Kamiizumi Tokuya (1865-1946), los coreanos eran "una raza pura de la raza japonesa que provienen de la misma población", con lo que el Kita Ikki, estuvo completamente de acuerdo e integró en sus teorías políticas: debido a que los coreanos eran esencialmente lo mismos que los japoneses, argumentó, podrían ser asimilados sin dificultad, "pronto, Corea se convertirá en parte del propio Japón." Este rechazo a las aspiraciones nacionales coreanas degeneró en un indisimulado desprecio por el pueblo coreano, generando ideas que argumentaban que los coreanos no merecían una existencia independiente debido a sus defectos de personalidad innatos.

En esta línea, pensadores como el filósofo Kanokogi, refiriéndose al conjunto del continente hablaron de la situación China e India. Éste culpaba de su desastrosa situación a los defectos espirituales de los dos pueblos. Consideraba que la decadencia de China era debida a la pereza, el letargo y el materialismo, mientras que la India había perdido su independencia debido a una preocupación excesiva por lo espiritual. Para el filósofo, la recuperación política de China y la India debía comenzar con su salvación espiritual, Kanokogi insistió, mediante la combinación de sus dos espíritus para crear una nueva fuerza y dado que Japón ya había logrado una síntesis de las culturas china, india y occidental, su papel sería guiar a estos dos países y al resto de Asia hacia la salvación. Desde esta perspectiva, advirtió Kanokogi, los dos países no debían desafiar la naturaleza (como estaba haciendo China) resistiendo los esfuerzos de Japón para salvarlos. En cualquier caso, la resistencia sería a la larga inútil, creía, porque tarde o temprano, el Japón imperial completaría su misión histórica de salvar Asia. (Reynolds, 2005: 63)

Todos estos teóricos y defensores de la misión divina de Japón en Asia consideraban que era también una cuestión de interés nacional. Para ellos, Asia era un enorme territorio inexplorado perfecto para enviar los excesos de población y una fuente de recursos no explotado. A principios de la década de 1920 el teniente Fukunaga esperaba con gran expectación la gran misión colonizadora que creía a punto de comenzar en el continente como nos muestran sus palabras:

"Dondequiera que los japoneses van, construyen santuarios incluso en el más remoto de los lugares, y donde un torii se alza se está espiritualmente en territorio japonés, sin importar dónde, incluso en China o la India." (cit. en: Szpilman, 2002: 480)

Otra de las figuras destacadas en el mundo militar del momento fue el teniente Nishida, que, convencido de la misión japonesa, consideraba que la mayor amenaza para su realización no provenía de los países que pretendía colonizar, sino del interior, por ello escribió: *"Sólo espero que los políticos y civiles con su débil política exterior no frustren el ejercicio del poder militar de Japón"*. Pero estos temores resultaron ser infundados, pues se produjo un gran apoyo de la cúpula política a este proyecto, especialmente por parte de Mori Kaku, destacado político del momento, que propugnó la aplicación de una doctrina Monroe asiática: *"Sólo un bloque económicamente autosuficiente en Asia bajo el liderazgo de Japón, podría garantizar la paz y la estabilidad en el continente"*. Pero antes que Japón pudiese establecer esta doctrina, tenía primero que deshacerse las cadenas de los tratados internacionales que limitaban su libertad. Como primer paso, Mori sostuvo que Japón debía salir de la Liga de las Naciones con el fin de evitar las injerencias de la comunidad internacional.

En este mismo sentido el almirante Kamiizumi Tokuya tenía una visión del espacio vital muy semejante a la idea alemana del *Lebensraum*. Para entender a Kamiizumi, hay que tener presente que para estos estadistas la única forma de progreso para una nación era la expansión territorial y el aumento de la población, por ello Kamiizumi consideraba que solo los países con poblaciones de más de 50 millones de habitantes podían ser considerados como grandes potencias. Valoró la cuestión de qué hacer con el excedente de población japonesa, rechazó la idea de reasentar el exceso en China como poco práctica por su volumen de población, y recomendó la colonización de Siberia y Asia Central escasamente pobladas argumentando que al exportar este exceso de población, Japón desarrollaría estas partes de Asia.

Desde una perspectiva similar, se puede citar a Mitsukawa Kametaro (1888-1936), estrecho colaborador del almirante Kamiizumi y de Kita Ikki, que en 1931 argumentó que la región de Manchuria y Mongolia debía ser un caso especial, ya que nunca había pertenecido realmente a China, negando así sus derechos en la zona. Mitsukawa insistió en lo que él llamó "el derecho natural de la supervivencia nacional de Japón" por el que Japón tenía el derecho a exportar su creciente exceso de población a la región de Manchuria y Mongolia, debido a su cercanía. Para Mitsukawa los japoneses no tenían otra opción ya que estaban confinados en un territorio estrecho, privados de recursos naturales y tenían la necesidad de dar salida a sus excedentes.

A parte de estas teorías, Mitsukawa, se valió de las ideas de Kita Ikki por las cuales el mundo se encontraba dividido en naciones "capitalistas" y naciones "proletarias". Consideraba que del mismo modo que las injusticias de clase deben ser reparadas mediante la redistribución de la riqueza individual, la redistribución, si es necesario debía ejercerse por la fuerza para eliminar las disparidades entre las naciones coloniales como Gran Bretaña, y el resto como Japón y Alemania. (Szpilman, 2002: 482).

En esta línea también destaca la figura de Ishihara Hiroichirz, un millonario que patrocinó la extrema derecha en 1930 y después de la derrota de Japón en 1945 se unió al Partido Socialista. En su opinión, el expansionismo por la fuerza fue la única solución al hecho de que Japón no podía ser autosuficiente por ser un país pequeño, sin recursos y con una extraordinaria densidad de población. Argumentaba que "el objetivo de esta expansión debía ser Manchuria, con un área tres veces el tamaño de Japón y una población de 34 millones de personas". Ishihara calculaba que podía aceptar fácilmente 24 millones de nuevos inmigrantes de Japón sin elevar la densidad de población a más de 50 personas por metro cuadrado. Pero Ishihara no se limitaba a Manchuria, también consideraba Filipinas, la malasia británica, las Indias Orientales Holandesas y Australia adecuados para la colonización japonesa. Según sus cálculos, esos territorios eran capaces de absorber 270 millones de personas y ya que Japón solo podía enviar un millón de personas al año, el establecimiento de este *Lebensraum* serviría para aliviar las

tensiones poblacionales durante dos o tres siglos. Había, sin embargo, un problema que impedía la realización de este gran esquema, los territorios que él esperaba colonizar con inmigrantes japoneses eran colonias occidentales o, en el caso de Australia, un dominio del hombre blanco. Esto, reconoció, resultaba un gran obstáculo, pero consideraba que era:

"Una violación de las leyes de la naturaleza, ya que este dominio occidental prohibía la natural inmigración de Asia oriental". (Shibata, 2008: 278)

Cuando Ishihara desarrolló estas teorías en 1934, Japón ya había creado el estado títere de Manchukuo y, al igual que la Alemania de Hitler, había abandonado la Liga de Naciones. Estas grandiosas visiones expansionistas parecían más reales que nunca. La segunda guerra Chino-Japonesa estaba por empezar y más tarde la Guerra del Pacífico llevaría a Japón a la guerra total. Pero todas estas teorías venían a justificar el interés imperialista japonés en el continente, teorías que se concretaron con la creación y promoción de la llamada "Esfera de Coprosperidad Asiática" (*ver figura 4*) que era la aplicación de las ideas pan-asianistas de un continente liderado por Japón y libre del colonialismo occidental. Esto pretendía ayudar a afianzar los intereses japonesa en Asia mediante una intensa propaganda y la búsqueda de apoyos en los países ocupados, debido a la necesidad de respaldar el poder del ejército japonés. La primera manifestación de esta política fue el establecimiento de Manchukuo como un estado títere japonés en Manchuria en 1932. El experimento de estados títeres pasó por el establecimiento de un alto grado de influencia japonesa sobre la economía y política de las zonas chinas bajo su control, en tanto que otras cuestiones de menor importancia eran dejadas en manos de los colaboracionistas locales como símbolo de una teórica autonomía. En cierto modo, la Alemania Nazi realizó unas políticas similares en Europa, especialmente con la creación del el Estado Independiente de Croacia, la Serbia de Nedić, la Francia de Vichy o la Noruega de Vidkun Quisling. (Willensky, 2005: 72)

Estas similitudes, tanto teóricas como prácticas han servido a muchos especialistas para considerar el régimen japonés como un régimen fascista, como es el caso de Maruyama Masao, aunque es cierto que el imperialismo japonés bebe de ideas propias de la Alemania nacional-socialista, el mero hecho de considerar Asia como un lugar para explotar sus recursos no deja de ser una antigua visión colonialista surgida con mucha anterioridad en Europa, por ello no parece que se pueda argumentar solo bajo este prisma que Japón fuese un estado fascista por su expansionismo desatado.

El caudillo y el emperador

La ausencia de un dictador carismático es para los especialistas un argumento suficiente para excluir a Japón de la concepción de un estado fascista. Señalan, además, que durante el periodo de entreguerras el emperador se mantuvo en el centro del sistema político japonés sin ningún cambio y que la Constitución Meiji y el sistema legal permanecieron intactos, de igual manera que la Dieta se siguió reuniendo y se celebraron elecciones, incluso en 1942, en plena guerra.

Es en la restauración Meiji cuando se produce un cambio clave para entender el desarrollo de la historia japonesa, se adopta un nuevo sistema imperial, con el monarca como figura indispensable de la lealtad política de un estado-nación.

El padre de la constitución Meiji, Ito Hirobumi, dio una explicación clara de las razones de la colocación del emperador en un lugar de predominio:

"En Europa, no solo se gobierna mediante la constitución; es importante también la religión, que constituye el eje para unir a la sociedad. En nuestro país sólo la Casa Imperial puede convertirse en un elemento de unión." (cit. en: Saito, 2012: 152)

De hecho, la Constitución Meiji era un documento diseñado para enmascarar la realidad de cómo funcionaría el régimen, un férreo control de la oligarquía sobre la población y la política japonesa. En la constitución se inviste de un poder supremo al emperador, pero se buscaba que delegase ese poder en la oligarquía encargada de aconsejarle y no ejerciera el poder personal. Tenían la intención de ocultar y proteger así el papel dominante de la oligarquía, utilizando el trono como pantalla. La Constitución creó una separación de poderes inusuales: buscaba mantener el gobierno separado de la Dieta. Además, socavaron la posición del gobierno y el primer ministro, dando a los oficiales del ejército y la marina acceso directo al emperador, lo que les permitió tener una gran influencia en el devenir político del imperio. Esta estructura constitucional impar, exigió una fuerza mediadora cuando surgieron conflictos entre los diferentes órganos de gobierno. Aunque la redacción de la constitución hizo que pareciera que esta sería la tarea del emperador, de hecho, fueron los "genro", los propios creadores de la constitución, los que llevaron a cabo esta función. Pero éstos no eran inmortales y su salida gradual de la escena política dejó un vacío por el que varios órganos gubernamentales compitieron por llenar. (Reynolds, 2004: 160-167)

Un reajuste sobre las primeras dos décadas y media del siglo XX aumentó la importancia y influencia de los principales partidos políticos japoneses, pero un cambio drástico en la década de 1930 cambió el equilibrio de poder en favor de los oficiales militares y burócratas que

estaban empujando Japón hacia un estado totalitario. Ambos realineamientos fueron posibles debido al marco ambiguo de la constitución Meiji y por la influencia de los acontecimientos externos. Al principio la política convencional se benefició de un estado de ánimo "pro-democracia" generado por la alianza con las potencias aliadas en la Primera Guerra Mundial, pero sufrió de la reacción en contra de la democracia liberal que acompañó la llegada de la Gran Depresión y el ascenso del nazismo en Alemania.

El fascismo según George Mosse: "necesitaba un líder supremo con el fin de proporcionar un símbolo viviente de la nación y del partido que no pudiese hacer nada malo" En Japón , el emperador cumplió ese papel de una manera que nadie más podía y de una manera que ningún dictador fascista pudo igualar. Hitler y Mussolini tuvieron que competir con profundos sentimientos religiosos tradicionales en sus esfuerzos para fortalecer su control del poder, por el contrario, en Japón, el estado y la religión ya se habían fusionado, con el emperador en un papel conjunto de jefe de Estado y descendiente directo de los dioses. El misionero estadounidense Willis Lamott resumió una concepción del papel del emperador en la era Meiji:

"En el centro de este ideal se encuentra el emperador , el jefe de cada familia , la fuente de todo el poder , pero liberado de la responsabilidad, la inspiración de todo esfuerzo nacional, en el servicio de los cuales todas las distinciones de clase, partido, y la religión se transfunden en una " armoniosa unidad del Soberano y los gobernados". (cit. en: Reynolds, 2004: 73)

A mediados de la década de 1930 , sin embargo, los mas radicales se movieron más allá de este ideal de emperador como figura paterna para destacar un concepto mucho más radical de "emperador como un dios viviente". La imposición de estas ideas ayudó a crear una atmósfera en la que, en palabras del historiador Ito Takashi, "las ideas de los reformistas radicales llegaron a ser consideradas como la ideología ortodoxa del Estado". Los ciudadanos fueron exhortados a suprimir todo individualismo y buscar una vinculación total con el emperador-dios. Este ideología radical fue expuesta oficialmente el 1937 con la aparición del libro *Kokutai no hongí*, donde se sostenía que:

"Lealtad significa reverenciar al Emperador y servirle con atención. Recorrer este camino de lealtad es la única forma en la que los sujetos pueden vivir, y la fuente de toda energía. Por lo tanto deben ofrecer sus vidas por el bien del emperador, solo de esta forma es posible vivir bajo su augusta gracia." (cit. en: Saito, 2012: 156)

Si bien es cierto que la aplicación de estas teorías encontraron ciertas resistencias en el propio sistema imperial y en las oposiciones de los políticos o los intereses económicos de algunas empresas, la realidad es que Hirohito podría haber gobernado si hubiese querido de forma personal en vez de delegar en militares y políticos la tarea del gobierno. Aunque tenía gran

poder, las élites japonesas mantuvieron la lealtad pública al estado en gran parte por la ilusión de que el emperador era libre de nombrar a cualquier persona que quisiese jefe de gobierno.

La continua dependencia en el emperador como elemento vertebrador de la lealtad de los japoneses no dejaba espacio para el surgimiento de un dictador carismático al estilo de Mussolini. Sólo el propio emperador podría haber asumido un papel semejante. El príncipe Chichibu, hermano menor de Hirohito, le insistió para que asumiera el mando directamente a raíz del incidente de Manchuria en 1931, pero Hirohito rechazó esa idea. Por otro lado muchos historiadores han puesto de manifiesto la importante participación del emperador en los acontecimientos políticos del periodo. En muchos casos tomó importantes decisiones en los asuntos de Estado, aunque generalmente buscando influir en la política a través del uso de intermediarios en las reuniones del gobierno y en privado. Pese a todo, la falta de carisma y el propio carácter del emperador imposibilitó la idea de que jugase el papel de hombre fuerte. (Saito, 2012: 156)

La aproximación japonesa más cercana a un dictador fue la figura del General Tojo Hideki, primer ministro de 1941 a 1944 y líder del ejército, pero ni tenía el carisma suficiente, ni pudo controlar por completo al ejército, que disponía de una gran independencia, aun en tiempos de guerra. Esta importante autonomía de los cuerpos del ejército rompía el esquema totalitario e imposibilitaba cualquier opción de conseguir un estado totalitario como tal. La ausencia de un dictador y la incapacidad de Tojo para gestionar las luchas internas entre los grupos de la élite japoneses como el ejército, la marina o las grandes empresas, se citan como principales razones para no considerar el régimen japonés como fascista. Sin embargo, las rivalidades internas también caracterizaron los sistemas fascistas europeos. Hitler prestó poca atención a las cuestiones de gobierno fuera de sus áreas de interés especial, dejando en manos de sus subordinados estas tareas, el historiador Ian Kershaw describe la Alemania de Hitler como "un gran Estado moderno, avanzado y sin ningún organismo central de coordinación y con una cabeza de Gobierno inactiva en gran parte de la maquinaria del gobierno". En Alemania o Italia, sin embargo, el dictador podía afirmar su voluntad siempre que deseara, mientras que en Japón, Tojo no fue capaz en ningún momento. Pero para el emperador Hirohito hubiese sido posible, si hubiera optado por dejar de lado los límites tradicionales de su papel político, afirmarse a sí mismo como un dictador imperial. Ciertamente la continua disposición de Hirohito a continuar sirviendo como símbolo de unidad nacional facilitó los esfuerzos de los defensores del militarismo japonés para movilizar a la gente para la guerra e inspirarlos a luchar hasta la muerte, igual que su reticencia a presionar por el fin de la guerra, incluso cuando parecía que ya estaba perdida. Sin duda alguna el emperador Hirohito comparte la responsabilidad por las decisiones que llevaron a la guerra, manteniéndose al corriente de los asuntos militares, vitoreando las victorias japonesas y colocando la preservación de su trono por encima del

bienestar de la población japonesa, pero los esfuerzos para presentarlo como una figura malévolamente parecen erróneos. En cada una de las intervenciones directas en la política de Hirohito, como durante la represión del 26 de febrero 1937 del intento de golpe de Estado o en la decisión de poner fin a la guerra, se opuso a los elementos más radicales y desempeñó un papel detrás de las escenas retrasando la alianza con Alemania en 1939 y dejando claras sus dudas sobre la conveniencia de atacar a los Estados Unidos en 1941. En consecuencia, David Tito ha descrito la política de palacio como:

"La principal institución de moderación política en un momento en que la sociedad japonesa y el gobierno se movían hacia el militarismo, el etnocentrismo virulento, y el fascismo burocrático." (cit. en: Crowley, 1962: 310)

Con todo esto y aunque la institución imperial seguía siendo fundamental para el programa de los radicales japoneses, tenían una buena razón para ver al Emperador Hirohito, personalmente, como un impedimento para la plena realización de sus objetivos. (Crowley, 1962: 312)

Con sus más y sus menos la figura del emperador podría haberse convertido en un caudillo personalista semejante a los que aparecieron en Europa y, tal vez, con más legitimidad y apoyos ya que las estructuras creadas en la época Meiji lo facilitaban. No fue por la falta de oportunidades que se le brindaron sino por la propia forma de su carácter lo que imposibilitó este paso absolutista. De esta forma parece que las interpretaciones historiográficas que basan su negación de un fascismo japonés en la ausencia de un caudillo no parezcan tan claras si se analiza a fondo la importancia de la figura imperial en el Japón del periodo de entreguerras tal como apuntan muchos otros autores.

La concepción del estado: El estado totalitario

Uno de los elementos claves para la comprensión del fenómeno fascista es la concepción del estado que acompañó esta ideología. El núcleo de la ideología fascista fue la concepción del estado como actuación de la voluntad de poder de una minoría activista encaminada a llevar a cabo su mito. El hombre nuevo soñado por el fascismo sería el producto de una clase que construiría un Estado, considerando la política como un valor absoluto en sí mismo. En ese sentido, la ideología del fascismo italiano fue la más completa racionalización del estado totalitario (sobre todo por el aporte ideológico del idealismo gentiliano), concebido como una sociedad organizada y subordinada a una aristocracia política que extraía la legitimidad de su poder solo a través de la conquista y de la perpetuación de la acción. Como escribió Camillo Pellizzi, uno de los ideólogos del fascismo italiano:

"La Italia de nuestros sueños no es un estado que es; es un Estado que se hace, y este hacerse debe ser el proceso de fijación de un Estado aristocrático abierto." (cit. en: Gentile, 2002: 94)

El fascismo fue sobre todo, ideología del Estado, al que consideraba realidad irreprimible y totalitaria. Esta no fue una ideología de masas, aunque comprendió la importancia de estas masas en la sociedad contemporánea, ya que les negó el derecho y la capacidad de expresar una idea política y de autogobernarse según los principios de igualdad y de libertad, considerados derechos naturales. Los principios de la Revolución francesa, esencia de todas las ideologías democráticas, tuvieron en el fascismo una negación radical.

La gran pretensión del fascismo era la de ejecutar de manera efectiva y capilar, la integración de las masas del Estado, ampliando la organización y movilización de las masas bajo un partido único, con una eficaz obra educativa y adoctrinadora en los valores fascistas; y hacia la radicalización del proceso de concentración del poder en el fascismo, a través de una creciente expansión de la presencia del partido en la sociedad y en el Estado. (Gentile, 2002: 91-98)

Para comprender la aparición de la idea totalitaria en Japón, hay que remontarse a la Primera Guerra Mundial, que tuvo una gran influencia en su desarrollo. Uno de los primeros teóricos sobre la aplicación totalitaria en Japón fue Kanokogi Kazunobu (1884-1949), filósofo educado en las universidades de Columbia y Jena, en su juventud fue teniente naval en la guerra ruso-japonesa, quedando afligido por la crueldad de la guerra. Kanokogi renunció a su cargo y se convirtió al pacifismo e inició sus estudios filosóficos. El baño de sangre de la Primera Guerra Mundial, que él no experimentó directamente, le influyó en gran medida. Interpretó esta guerra como una lucha a vida o muerte entre las nuevas ideas representadas por Alemania,

representante de una organización de carácter totalitario y las anticuadas ideas individualistas y particularistas representadas por las potencias anglosajonas.

Pese a la derrota de Alemania, Kanokogi consideraba que el totalitarismo alemán, lejos de ser destruido, estaba empezando a extenderse por todo el mundo como parte de lo que él consideraba una tendencia inevitable. Creía que incluso Gran Bretaña y Estados Unidos, bastiones del liberalismo se iban transformando poco a poco en estados totalitarios. Como prueba de ello, citó las recientes reformas educativas en Gran Bretaña, el aumento de la fuerza naval americana, o la introducción del servicio militar obligatorio, el racionamiento de alimentos, los aranceles y control de las importaciones en ambas naciones. Dado el triunfo históricamente inevitable del totalitarismo, argumentó que sería suicida para Japón despreciar esta nueva ideología:

"Sólo viviendo de una forma totalitaria podemos estar realmente vivos, rechazar el totalitarismo sería rechazar la vida misma." (cit. en: Shibata, 2008: 263)

Kanokogi vio una condición necesaria para la conversión de Japón en un estado totalitario completo, éste debía de ser un estado autónomo, independiente y autosuficiente; En otras palabras, crear una autarquía. Al hacer hincapié en la autosuficiencia económica, Kanokogi se convirtió en un precursor de la "búsqueda de la autonomía" que Japón persiguió en la década de 1930, presagiando la "guerra total" y las ideas sobre la "movilización total" del general Nagata Tetsuzan (1884-1935) y su homólogo alemán, el general Erich Ludendorff (1865-1937).

Kanokogi desarrolló su concepto de totalitarismo al finalizar la Primera Guerra, pero su teoría fue retomada posteriormente por otro de los grandes teóricos del totalitarismo japonés Mori Kaku (1882-1932), viceministro de relaciones exteriores que se hizo cargo de la política japonesa en China. Propugnó una política exterior agresiva y expansionista mientras que en el plano interno propuso la anulación de varias leyes democráticas y liberales, como las que prevenían el sufragio universal masculino o las que permitían la libre asociación de los trabajadores. Mori proponía una mayor intervención del gobierno en la industria, el abandono de los principios de liberalismo del *laissez-faire* y la reintroducción de la ética de trabajo del período Tokugawa, más concretamente, recomendó un rígido control por parte del gobierno de los bancos y las empresas y sobre todo del sector agrícola y pesquero, proponiendo un monopolio gubernamental sobre el arroz. (Shibata, 2008: 263)

Ideas como estas se habían convertido en algo común en la política japonesa de mediados de los años 1920, ejemplo de ello, fue el apoyo del periódico oficial de la organización política *kokuhonsha*, que defendía abiertamente el concepto de "totalitarismo nacional" (*kokumin zentaishugi*), considerándolo más adecuado para la mentalidad de los japoneses que cualquier

democracia de estilo occidental, ya que, "en contraste con judíos o chinos" los japoneses eran "incapaces de vivir sin Estado". Esto venía apoyado por las ideas del General Hata Eitaro (1872-1930) que al igual que Kanokogi, derivó su ideario de la trágica experiencia de la Primera Guerra Mundial. La guerra, señaló, había transformado una "simple lucha entre ejércitos" en "un la lucha entre poderes nacionales, basada en el poder total del estado canalizando todos los recursos nacionales disponibles" por lo que, insistió, el interés nacional exigía:

"Una disciplina, una industria y una movilización total de recursos, para efectuar tal movilización total, se requería de un estricto control estatal sobre la industria, los medios de comunicación, el transporte, los servicios financieros, las instituciones, etc.. Sólo con tal rigor, se podría asegurar un uso más racional y eficiente de los recursos en tiempos de guerra." (cit. en: Shibata, 2008: 671)

Estas actividades de promoción del estatismo totalizante, representaban un inequívoco rechazo de los valores liberales, el individualismo y la cooperación internacional, que los defensores japoneses del totalitarismo consideraban anticuados y obsoletos de igual forma que sus homónimos europeos.

El problema de la aplicación de un estado totalitario en Japón era la dificultad que tenía el estado para controlar todos los ámbitos de la sociedad, en el Japón de entreguerras, muchos eran los grupos de presión que ejercían su influencia en la propia política japonesa, por un lado el Ejército y la Marina eran grupos rivales y solo se encontraban bajo el control del emperador, que en la mayoría de las veces les dejaba un autogobierno que escapaba de sus manos y que los convertía en los actores más destacados de la radicalización ultraderechista de la política japonesa; y por otro, los grandes conglomerados económicos (*zaibatsu*) que intentaban conseguir una economía de estado favorable a sus intereses, sin olvidar las propias dinámicas políticas derivadas de la constitución Meiji. (Reynolds, 2004: 75-77)

El desarrollo y aplicación del concepto de *kokutai* garantizó un adoctrinamiento de la población en las escuelas y los cuarteles sobre el poder absoluto del emperador lo que facilitó la superación de parte de esos problemas, especialmente en el encorsetamiento político facilitado también por un clima de guerra total ya más que evidente en los años 40. Es en este periodo y bajo la figura del primer ministro Fumimaro Konoe cuando se proclamó el "Estado de Defensa Nacional" (*Shintaisen*), que preparaba al país para una guerra total en la que todos los recursos nacionales debían ponerse al servicio del objetivo de guerra. Esta ley supuso la nacionalización de la industria, de los medios de comunicación y de los sindicatos de trabajadores. Los sindicatos fueron reemplazados por la Ordenanza del Servicio de Reclutamiento Nacional (*ver figura 5*), que facultó al gobierno a reclutar trabajadores civiles para ponerlos a trabajar en la industria de guerra. La sociedad fue movilizada y adoctrinada a través del Movimiento de

Movilización Espiritual Nacional, que organizó eventos patrióticos y manifestaciones masivas, en apoyo a los militares japoneses. En el plano político se abolieron todos los partidos y se creó un modelo de partido único totalitarista, basado en los equivalentes fascistas europeos, el llamado *Taisei Yokusankai* (ver figura 6), partido que se encargaba de mantener el orden público y de proveer de ciertos servicios públicos a través del programa de asociación de barrios, el llamado *tonariguni*. También jugó un rol importante en incrementar la productividad, en el racionamiento y en la organización de la Defensa civil. En el último período de la guerra, los miembros recibieron entrenamiento militar para convertirse en una milicia civil en caso de una invasión estadounidense. Así todas estas medidas consiguieron, pese a todas las carencias, un sistema en parte totalitario capaz de controlar en gran medida el conjunto de la sociedad japonesa. (Reynolds, 2004: 77-81)

Esta dificultad de control total de todos los elementos de la sociedad japonesa, junto con la falta de un partido político único hasta 1940 son elementos clave de las teorías que se oponen a concebir el estado japonés de entreguerras como un estado de corte fascista, pero si atendemos a la multitud de teóricos totalitarios que aparecieron en este periodo y a la realidad de la creación de un partido político único se hace difícil pensar que en este aspecto Japón difería en mucho a los casos del fascismo europeo.

Las bases sociales

Junto con la ausencia de un dictador carismático, la falta de un movimiento de base, con el apoyo de unas masas a un partido ha sido la base teórica para no considerar Japón como un estado fascista. Es cierto que en Japón no se produjo un movimiento de abajo arriba con la intención de imponer un nuevo sistema de relación del individuo con el estado. Pero si analizamos los inicios de los partidos fascistas encontramos la necesidad del uso de la violencia y la intimidación de sus oponentes como tácticas para conseguir el apoyo popular.

A pesar de que el desarrollo de la política japonesa había seguido una tendencia a occidentalizarse la participación de la sociedad japonesa en la política del estado en ningún momento llegó a los niveles de Italia o Alemania. Los ciudadanos comunes tenían una capacidad limitada para influir en el curso de los asuntos nacionales, ni siquiera los partidos políticos tenían gran influencia, sino que los burócratas tanto civiles como militares eran los que disfrutaban de un amplio margen de maniobra en la conformación de las políticas del gobierno. Esta incapacidad de los partidos políticos fue duramente criticada por los defensores de un sistema parlamentario, criticaron duramente la dependencia del apoyo financiero de las grandes empresas y su fracaso para crear una base popular fuerte e incapacidad para representar los intereses de la ciudadanía. (Reynolds, 2004: 77-80)

En comparación con Italia y Alemania, los votantes en Japón tuvieron una gama mucho más reducida de opciones políticas cuando fueron a las urnas, aunque todos los hombres adultos podían votar en las elecciones de la Dieta después de 1925, la aprobación paralela de la Ley de Preservación de la Paz constriñó el campo ideológico, facilitando al gobierno la supresión de los grupos de izquierda. En contraste, los extremistas de derecha podían operar más libremente. Como Upton Close observó a principios de 1930, " los únicos radicales realmente peligrosos en Japón, o que pueden existir allí, son los militares y los patriotas" (Maruyama, 1963: 43)

Otro ejemplo de la poca predisposición de la población a la política es el intento de golpe de estado del 26 de febrero de 1937 en Tokio: incluso con tropas del ejército rebelde ocupando una parte del centro de Tokio, la población no mostró ninguna inclinación por apoyar ni al gobierno ni a los rebeldes. Como apuntó Chamberlin:

"El pequeño comerciante, artesano u obrero veía el conflicto con tanta indiferencia como las mismas clases podrían haber mostrado con enfrentamiento sanguinario entre dos clanes en el Japón medieval" (cit. en: Reynolds, 2004: 81)

Chamberlin anticipó lo que Maruyama Masao más tarde llamó "fascismo desde arriba", la predicción de que cualquier partido de masas fascista en Japón sería "de un carácter burocrático artificial; no resultado de cualquier aumento del sentimiento de masas". (Reynolds, 2004: 81-82)

En lugar de unirse en un solo partido, como el partido fascista en Italia o el nacionalsocialista en Alemania, el fascismo japonés se formó en facciones tanto de civiles como de militares. Chamberlin las describe como "numerosos grupos pequeños, pero activos de extremistas, con un programa de nacionalismo y radicalismo social". A pesar de que estos grupos y sus homólogos militares tenían con frecuencia puntos de vista diferentes sobre los métodos y los objetivos específicos se produjo un apoyo mutuo para conseguir sus objetivos. La influencia ejercida por estas facciones empujó gradualmente a la nación hacia el abandono del parlamentarismo y a la búsqueda de una política exterior unilateral y agresiva dirigida a establecer un imperio autárquico.

No se produjo un amplio rechazo a esta deriva radical debido a que los izquierdistas del país habían sido encarcelados o coaccionados. Por otro lado la lucha por el poder se produjo en gran medida detrás de las escenas y fuera de la participación popular, por lo que no se puede comparar a la asunción de poder en Europa. Como Edwin O. Reischauer argumenta:

"El ataque a la democracia liberal se hizo poco a poco por individuos y organizaciones pequeñas, pero fue casi tan eficaz como los esfuerzos mejor coordinados de los fascistas en Europa" (cit en: Crowley 1962: 311).

Al comparar la situación en Japón con la de Italia y Alemania hay que destacar que el partido de masas resultó más útil cuando los fascistas y los nazis buscaban el poder en las elecciones parlamentarias o luchando contra los enemigos ideológicos en las calles. Una vez en el poder, los dictadores europeos encontraron estos partidos, sobre todo sus bandas de matones, más una carga que un apoyo. (Crowley, 1962: 312-315)

Para comprender este apoyo al ejército hay que comprender que se habían usado medios eficaces para inculcar ideas nacionalistas y antiliberales en el conjunto de la población japonesa mediante el adoctrinamiento y la creación de estos grupos. Al escribir sobre la Asociación Reservista y la Asociación Nacional de la Juventud mediados de los años 1930, Chamberlin observó, "la similitud de sus actividades con las de la Unión de la Juventud Comunista en Rusia y con las de los jóvenes grupos fascistas es prácticamente coincidente".

A principios de la década de 1930 el ejército, con el apoyo de estas sociedades hacían una propaganda que hacía hincapié en su papel como protector desinteresado de la nación. Las consecuencias económicas desastrosas de la crisis del 1929 habían desacreditado los principales

defensores del capitalismo liberal, mientras que el ejército reforzó su prestigio con la conquista de Manchuria en septiembre de 1931, hecho que tuvo un efecto profundo en la opinión pública y en los dirigentes políticos reacios a apoyar la agresión. Esto, acompañado de una gran propaganda hizo que más de un millón y medio de ciudadanos "tremendamente entusiastas" participaran en los mítines de ayuda al ejército. Masayo Ohara señala que el programa expansionista del ejército daba una futuro económico mejor a una gran variedad de grupos y que las acciones del ejército estimularon un auge nacionalista popular que empujó a la nación junto con una recuperación de la economía en ese período que reforzó el entusiasmo público. (Reynolds, 2004: 85-86)

A pesar de la ausencia de un equivalente a los camisas negras fascistas o los camisas pardas, la violencia y la amenaza jugaron un papel importante en Japón. Los defensores del cambio radical crearon una atmósfera de intimidación a través de violentos actos políticos como los asesinatos en 1932 del ministro de finanzas del país o el director general de Mitsui, y los constantes ataques a los primeros ministros del país, como Hugh Byas informó: "para sembrar el terror en el gobierno y poseer las clases, el asesinato fue un miedo constante, en casa de cada hombre de estado civil y en las mentes de madres, esposas e hijos". Todo estos actos promovieron una radicalización de la sociedad japonesa pero siguiendo el plan de unos pocos que mediante actos violentos influyeron en el conjunto, para Maruyama:

"La tendencia hacia el fascismo en los estratos inferiores de la sociedad y los arrebatos espasmódicos del movimiento fascista radical fueron un continuo estímulo para el avance del fascismo desde arriba". (Maruyama, 1963: 48)

El golpe de estado de 1937 fue un intento por sustituir la política civil por parte de un importante grupo de jóvenes radicales oficiales del ejército pero fue reprimida duramente. Para muchos el fallido intento de golpe de estado fue un éxito pues el ejército surgió del golpe fracasado más unificado y por tanto, como una fuerza política más importante. Como Ben-Ami Shillony señala:

"Los jóvenes oficiales compartían el deseo de deshacerse de la políticos moderados y asesores liberales alrededor del trono y crear un gobierno fuerte para una política exterior más enérgica". (cit. en: Crowley, 1962: 321)

Algunos opinan que los líderes del ejército permitieron el levantamiento porque calculaban que el aplastamiento de la rebelión serviría mejor a sus intereses, abriendo, como informó Chamberlin, un camino para "un compromiso tácito y no escrito entre los oficiales del ejército y los industriales, que temían nuevos levantamientos". Esta interpretación llevó a los dirigentes del ejército a purgar su propio filas de los extremistas, mientras que los políticos civiles y

financieros acordaron ceder considerables sumas de dinero con fines armamentistas y aceptar las demandas de una economía cada vez más militarista. De la misma forma los camisas marrones alemanes fueron víctimas de una purga brutal de la "Noche de los cuchillos largos", el 30 de junio 1934, cuando Hitler quiso consolidar el apoyo conservador y del ejército. (Crowley, 1962: 322)

Los estallidos de violencia de los jóvenes oficiales no fueron las únicas formas de coacción utilizado por los radicales para intimidar a los críticos. Hay que destacar el rol de los matones derechistas organizados en mafias como la *yakuza*, en 1923 un misionero americano publicó un relato de un líder obrero cristiano japonés que temía ser asesinado por un grupo de jugadores. El hombre denunció que la policía había organizado un grupo llamado "La Flor de la Nación" con el único fin de utilizarlos para atacar a los defensores de la democracia. En una línea similar, Newman afirmó que "bandas nacionalistas" jugaron un papel crítico en obligar a los sindicatos y los partidos políticos a aceptar el dominio imperial. Un periodista colega de Newman, Relman Morin, en 1940, señaló que en virtud de la Ley de Movilización Nacional del Gobierno japonés, éste tenía el derecho de cerrar las fábricas consideradas no esenciales y reasignar los trabajadores a otros lugares. Morin en una entrevista a un propietario de una fábrica destacó lo siguiente:

"Podría quejarme. Si lo hago algunos expertos de "Movilización Nacional Espiritual" me harán una visita una noche. Hombres de apariencia poco espiritual, jóvenes fuertes que me amenazarán con usar esa fuerza". (cit. en: Macklin, 1968: 411)

Estos grupos mafiosos también se valieron del chantaje y el gansterismo hasta llegar al punto de amenazar a las amas de casa, si se quejaban de la falta de productos no urgentes en las tiendas (*ver figura 7*). Así, mientras que Japón no tenía un grupo del partido al estilo europeo, con legiones de matones en la calle equivalentes a los camisas negras italianos o los camisas marrones alemanes, si que tenían elementos que servían para propósitos similares. Pero hay que tener en cuenta que la violencia ejercida en Japón fue ejercida en especial por sectores militares, no se trata de una militarización de la política como en el caso de los de Italia y Alemania, por ello y debido a la jerarquía propia del cuerpo militar no podían ser reconducibles a unas directrices ideológicas.

Como Gavan McCormack sugirió en un artículo de 1982 , la naturaleza relativamente gradual de los cambios en la década de 1930 ha oscurecido su significado general. Aquellos que niegan el término fascismo a Japón, hacen hincapié en la continuidad fundamental de la vida política japonesa. McCormack, sin embargo, apunta a que "las formas de la ideología y la organización para conducir a las masas en este período era algo completamente nuevo en la historia de Japón". Y concluyó:

"El argumento que el concepto de fascismo puede ser inaplicable a Japón, porque allí no había ninguna base de masas para ello y a que las instituciones Meiji siguieron funcionando, puede descansar sobre una comprensión muy superficial de la magnitud del cambio en el estado y la sociedad en este periodo" (Macklin, 1968: 411)

Por otro lado y como nos argumenta Maruyama Masao:

"En un Japón que carece de la tradición de una revolución democrático-burguesa , el fascismo tuvo que desarrollarse desde arriba ya que la fuerza de las masas, sin haber sido una fuerza principal en el cambio político, no podía servir para llevarlo al poder. Pero, como en Europa, había una base social de masas del fascismo entre los "pseudo-intelectuales" de la clase media que se sentían amenazados por el liberalismo y estaban dispuestos a apoyar la misión de Japón de expansión en Asia". (Maruyama, 1963: 51)

Murayama también argumenta que, cuando Japón desarrolló tendencias fascistas y se convirtió en un estado proto-fascista, el país ya estaba profundamente involucrado en la guerra, mientras que cuando Italia y Alemania se convirtieron en fascistas no lo estaban.

Conclusiones

La cuestión del fascismo ha suscitado desde su aparición una importante discusión historiográfica con la pretensión de intentar conceptualizar una idea de difícil acotación. El debate historiográfico sobre el fascismo se ha vehiculado sobre dos ejes principales, la posibilidad o no de considerar la existencia del fascismo fuera del contexto italiano y la viabilidad de una teoría del fascismo de carácter general que permita el análisis de diferentes regímenes, englobándolos en lo que se podría considerar un fascismo genérico. Para Emilio Gentile, el fascismo es la evolución propia del contexto italiano y hablar de fascismos extra-italianos sería un error, pues para él ni el nacionalsocialismo alemán es posible considerarlo como fascismo, en todo caso sería otra forma, surgida de la realidad histórica alemana. Por contra Roger Griffin considera la posibilidad de un fascismo genérico, que permite analizar realidades históricas diferentes como pueden ser el caso rumano o el japonés, viendo en ellos claros elementos proto-fascistas. Para llegar a estos dos puntos de vista, los dos historiadores analizan la historia y dinámicas individuales específicas de estos movimientos, rechazando las interpretaciones generalistas, pero lo que para uno es inviable para el otro es una posibilidad innegable.

En el caso concreto del fascismo en Japón, el debate ha seguido la misma línea, los partidarios de la posibilidad de un fascismo japonés se han basado en la viabilidad de la extensión del concepto de fascismo a contextos históricos dispares, y han dedicado sus estudios a la búsqueda de semejanzas y diferencias entre la experiencia japonesa y la europea. Esta búsqueda es la base de la obra de Maruyama Masao que, como gran referente de la viabilidad de la aplicación del concepto de fascismo en Japón, hace un pormenorizado análisis del contexto nipón contraponiéndolo al europeo y buscando semejanzas entre el fascismo europeo y la experiencia japonesa de entreguerras. Los autores opuestos a esta idea han dedicado sus esfuerzos a refutar una a una estas semejanzas, argumentando la imposibilidad de aplicar dicho término a Japón. En el artículo de Duus y Okimoto, aunque no se delimita el fascismo a Italia, se considera que es imposible trasladar una experiencia histórica europea a marcos de referencia asiáticos y por ello no es posible hablar de un fascismo japonés. Más recientemente ha aparecido la figura del historiador Marcus Wilensky que navega en un punto medio entre estos polos opuestos, para él hay pocos elementos que puedan considerarse comunes entre experiencias históricas tan diferentes y considera que muchos de los elementos que Maruyama argumenta como proto-fascistas son elementos surgidos durante la época Meiji propios de la evolución política

japonesa, pero no llega a considerar completamente inviable la aplicación de un fascismo japonés ni la imposibilidad de que regímenes extra-europeos sean definidos como fascistas. Para argumentar esta idea Willensky se centra en el estudio de las obras fundacionales del fascismo italiano, de ellas extrae la conclusión que para los fundadores del fascismo lo importante era la meta y no el medio y por ello acepta la idea de que el fascismo puede asumir muchas formas en países y situaciones históricas diferentes.

Junto a estos razonamientos puramente teóricos, el debate historiográfico también ha entrado a discutir las particularidades propias del contexto japonés y si estas pueden asimilarse a modelos europeos.

En ese sentido, si se analiza la ideología predominante entre la ultraderecha japonesa y en especial entre los intelectuales considerados por la historiografía como proto-fascistas pueden encontrarse grandes diferencias con las ideas fascistas. Esto ha sido un punto de referencia para los autores que se oponen a un fascismo japonés, en especial Duus y Okimoto han considerado que en Japón no es posible encontrar una ideología derivada del fascismo aunque algunos de estos intelectuales se considerasen a sí mismos como fascistas. Hasta el propio Maruyama considera que pese a las semejanzas ideológicas que observa, se encuentran tres puntos claves que los diferencian y que son únicos del contexto japonés: el sistema de familia, el pan-asianismo y el agrarismo.

Hay dos elementos que la historiografía partidaria del fascismo japonés, como el propio Maruyama o George Macklin, ha utilizado recurrentemente como argumento comparativo, el ansia expansionista de los tres imperios que conformaron el Eje y la importancia de la cuestión racial en los tres casos. Lo que para estos autores es algo claro para otros debe matizarse, especialmente en el caso japonés. La búsqueda expansionista en el caso japonés, argumentan, se deriva de la necesidad de conseguir acceso a unos recursos de los que el archipiélago japonés no dispone, pero también se debe al descontrol del ejército, que en muchos casos organizó campañas en contra de la opinión de la política japonesa. En el caso de la cuestión racial, también deben hacerse matices, pues como indica Reynolds, aunque el racismo tuvo un papel destacado en el pensamiento de los intelectuales japoneses, el propio estado japonés no tuvo ninguna política racial oficial a diferencia de Alemania.

Para poder entender esta discusión historiográfica hay que conocer el desarrollo de una de las ideologías más importantes en el Japón del período y que resulta un elemento exclusivamente japonés, el *kokutai*, ideología que buscaba reforzar la unidad de Japón mediante la creación de la idea del estado-familia centrada en la figura del emperador como elemento aglutinador del estado. Esto es visto por algunos historiadores como Maruyama o Willensky como un punto en común con los ideales fascistas que veían la necesidad de reafirmar el carácter de superioridad

no solo racial sino también nacional, buscando ensalzar mitos del pasado pretérito para vehicular un discurso de superioridad nacional para vertebrar el conjunto de la población. Para Duus y Okimoto o Kitagawa, en cambio, éste era un elemento surgido durante la restauración Meiji, que aunque claramente derivado de un régimen autoritario poco o nada tenía que ver con la concepción del fascismo, siendo simplemente la respuesta a la necesidad de vehicular un discurso unitario para la población.

Uno de los argumentos que esgrimen los partidarios de la negación del fascismo en Japón es la ausencia de un caudillo semejante a los aparecidos en Europa. Señalan, además, que durante el periodo de entreguerras el emperador se mantuvo en el centro del sistema político japonés sin ningún cambio y que la Constitución Meiji y el sistema legal permanecieron intactos. Pero para Reynolds es la figura del emperador la que surge como uno de los elementos más destacados de la política japonesa, lo que le permitía ser el centro de la vida política de una manera impensable para los caudillos aparecidos en Europa, para él el emperador Hirohito hubiese podido convertirse en un líder político incontestado, si hubiera optado por dejar de lado los límites tradicionales de su papel político.

Otro de los puntos que destacan los autores opuestos a la existencia de un fascismo japonés es la propia organización del estado y la concepción del mismo que deriva de las teorías fascistas, el estado totalitario. En ese sentido la imposibilidad de aplicar el concepto de estado totalitario, pese a los intentos en los años cuarenta, hace de Japón un estado diferente a los regímenes fascistas europeos. Pero Maruyama destaca que las teorías totalitarias tuvieron un gran respaldo tanto político como intelectual y se intentaron aplicar en el país, pero chocaron con las dinámicas políticas y sociales propias de Japón unidas al descontrol imperante en el conjunto del aparato militar. Murayama también considera que en este período el país ya estaba profundamente involucrado en la guerra, mientras que cuando Italia y Alemania se convirtieron en estados fascistas no lo estaban, para él, esta es una razón más por la que el fascismo japonés tuvo que proceder desde arriba

Junto con la ausencia de un dictador carismático y la imposibilidad de la aplicación de un sistema político totalitario, la falta de un movimiento de base, con el apoyo de unas masas a un partido, ha sido la base teórica para no considerar Japón como un estado fascista. Es cierto que en Japón no se produjo un movimiento de abajo arriba con la intención de imponer un nuevo sistema de relación del individuo con el estado, pero autores como Maruyama o McCormack consideran que la poca participación del conjunto de la población en la política impedía la creación de un gran partido de masas, por lo que necesariamente el proto-fascismo japonés debía organizarse en pequeños grupos, en muchos casos de militares, con capacidad de presión. Para ellos, estos pequeños grupúsculos supusieron, tanto en las formas de la ideología como en

la organización para conducir a las masas en este período, algo completamente nuevo en la historia de Japón. Por contra, para los que se oponen a esta idea esto no justifica la ausencia de un amplio apoyo popular a las ideas de la ultraderecha y consideran que estos pequeños grupos de presión surgieron del ámbito militar debido al descontrol del ámbito militar por parte de la política.

A modo de conclusión, es posible observar ciertas tendencias proto-fascistas en el Japón del período de entreguerras, pero en muchos casos éstas tienen un origen anterior a la propia formulación del fascismo europeo y en gran parte fueron utilizadas por la ultraderecha japonesa para intentar realizar un ideario propio del contexto japonés. Pero estas semejanzas se quedan muy en la superficie y en Japón no se produjo una asimilación de las ideas profundas de la teoría fascista, especialmente en su modernidad intrínseca y en la búsqueda de una nueva forma de ver el hombre. En definitiva se podría decir que en Japón surgieron ciertas tendencias proto-fascistas que fueron utilizadas e impulsadas por intelectuales de ultraderecha que buscaban asimilarse al fascismo europeo pero no se llevó a cabo la creación de un estado fascista en profundidad, el gobierno surgido en el Japón del periodo de entreguerras es fruto más de la propia evolución histórica japonesa que de la influencia del fascismo europeo.

Bibliografía

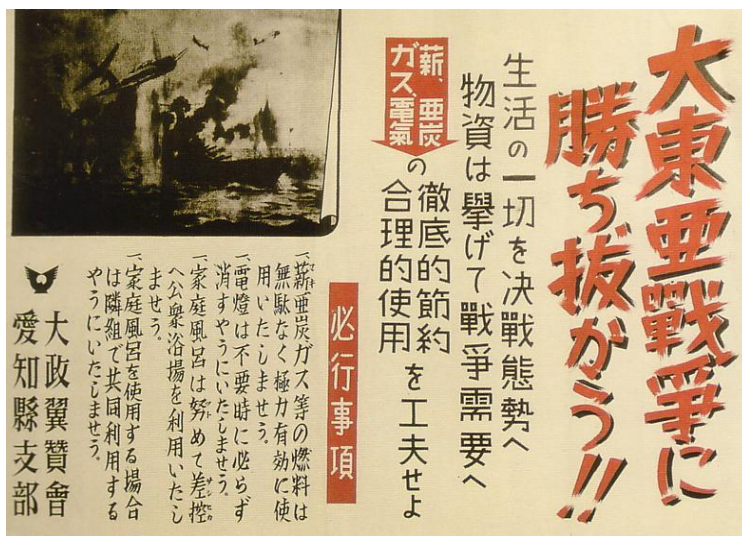
- BEASLEY, William (1995) *Historia contemporánea de Japón* Madrid: Alianza Editorial, pp. 439.
- CROWLEY, James (1962) Japanese Army Factionalism in the Early 1930's. *The Journal of Asian Studies*, Vol. 21, No. 3 (May, 1962), pp. 309-326.
- DUSS, Peter; OKIMOTO, Daniel (1979) Fascism and the history of pre-war Japan: The failure of a concept. *The Journal of Asian Studies*, Vol. 39, No. 1 (Nov., 1979), pp. 65-76.
- FLETCHER, Miles (1979) Intellectuals and Fascism in Early Showa Japan. *The Journal of Asian Studies*, Vol. 39, No. 1 (Nov., 1979), pp. 39-63.
- GENTILE, Emilio (2002) *Fascismo: historia e interpretación* Madrid: Alianza Editorial, pp. 325.
- GRIFFIN, Roger (1994) *The nature of fascism* Londres: Routledge, pp. 249.
- KITAGAWA, Joseph (1974) The Japanese "Kokutai" (National Community) History and Myth. *History of Religions*, Vol. 13, No. 3 (Feb., 1974), pp. 209-226.
- LEDERER, Emil (1934) Fascist Tendencies in Japan. *Pacific Affairs*, Vol. 7, No. 4 (Dec., 1934), pp. 373-385.
- MACKLIN, George (1968) A New Look at the Problem of "Japanese Fascism". *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 10, No. 4 (Jul., 1968), pp. 401-412.
- MARUYAMA, Masao (1963) *Thought and Behavior in Modern Japanese Politics*. New York: Oxford Univ. Press.
- QUEENAN, Sean (2013) Japanese Fascism: An Issue of definition? *Colonialism in East Asia*, Vol. 68, No. 146 (Oct., 2013), pp. 278-189.
- REYNOLDS, Bruce (2004) *Japan in the Fascist Era*. Palgrave Macmillan.
- SAITO, Nadia (2012) *A formação do fascismo no Japao de 1929 a 1940*. Director: Lincoln Ferreira Secco, Sao Paulo: Universidade de Sao Paulo. Departamento de Historia. 2012.
- SHIBATA, Kuniko (2008) The Origins of Japanese Planning Culture: Building a Nation-State, 1868-1945. *Research Papers in Environmental and Spatial Analysis*, Vol. 56, No. 128 (May, 2008), pp. 256-298.
- SHIMAZU, Naoko (2006) *Nationalisms in Japan* Londres: Routledge, pp. 196.
- SZPILMAN, Christopher (2002) Kita Ikki and the Politics of Coercion. *Modern Asian Studies*, 36, pp 467-490.

- TANSMAN, Alan (2009) *The culture of Japanese fascism* Durham, Duke University Press, pp. 477.
- VALDERRAMA, Josefa (2006) Beyond words: the "kokutai" and its background *Revista de Historia Mmoderna y Contemporanea*, número IV, 2006, pp 125-136.
- WILLENSKY, Marcus (2005) Japanese Fascism Revisited. *Stanford Journal of East Asian Affairs* Vol. 5, No, 1 (Winter, 2005): pps. 58-77.

Anexos



1. figura 1, poster de propaganda de Manchukuo con la frase: "Con la cooperación entre Japón, China y Manchukuo el mundo puede estar en paz." durante 1935.



2. figura 2, poster japonés de 1940-1945 donde aparece la frase "Vamos a ganar la Gran Guerra Asiática!".



3. Figura 3, postal japonesa en conmemoración al 2600 aniversario de la era imperial (Koki 皇紀) en 1940.



4. figura 4, sello con el mapa de la Gran Esfera de Co-prosperidad Asiática de 1942.



5. Figura 5, poster del gobierno imperial celebrando el otoño de la patria japonesa en 1941.



6. Figura 6, grupo directivo del Taisei Yokusankai en 1940.



7. Figura 7, propaganda del Movimiento por la Movilización Espiritual Nacional con el slogan "El lujo es nuestro enemigo!" de 1940.

Fuente: *Japanese propaganda during World War II* [en línea]. Wikipedia, La enciclopedia libre, 2014 [fecha de consulta: 28 de mayo de 2014]. Disponible en http://en.wikipedia.org/wiki/Japanese_propaganda_during_World_War_II.

8. Primeros Ministros, años de actividad y motivos de cese: 1927-1945

<i>Primer Ministro</i>	<i>Período</i>	<i>Motivo de cese</i>
Tanaka Giichi	De 20/04/1927 a 20/07/1929	Muerte
Hamaguchi Osachi	De 02/07/1929 a 14/04/1931	Muerte (asesinato)
Wakatsuki Reijiro	De 14/04/1931 a 13/12/1931	Elecciones de 1931
Inukai Tsuyoshi	De 13/12/1931 a 16/05/1932	Muerte (asesinato)
Saito Makoto	De 16/05/1932 a 08/07/1934	Corrupción
Okada Keisuke	De 08/07/1934 a 09/03/1936	Revolta del 26 de febrero
Hirota Koki	De 09/03/1936 a 02/02/1937	Convocatoria de elecciones decretada por el ministro del ejército
Hayashi Senjuro	02/02/1937 04/06/1937	Sucesión obligada por orden imperial
Konoe Fuminaro	04/06/1937 05/06/1939	Agotamiento por guerra (Guerra Sino-japonesa)
Hiranuma Kiichiro	05/06/1939 30/08/1939	Desavenencias por el pacto germano-soviético
Abe Nobuyuki	30/08/1939 16/01/1940	Oposición del partido

Fuente: (Saito, 2012: 160)

9. Glosario de autores

- **Chamberlin, Edward:** 1899-1967, es un economista norteamericano. Fue profesor de economía en la Universidad de Harvard. Su obra se centra en el estudio de los monopolios y su desarrollo a lo largo de la historia.
- **Croce, Benedetto:** 1866-1952, fue un escritor, filósofo, historiador y político italiano. Figura destacada del liberalismo, su obra influyó en intelectuales italianos tan dispares como Gramsci o Giovanni Gentile.
- **Duus, Peter:** nacido en 1936, es un historiador norteamericano, profesor de historia japonesa en la Universidad de Stanford desde 1973. Su obra ha sido de gran influencia para los estudios sobre el fascismo japonés.
- **Eatwell, Roger:** nacido en 1952 en Gran Bretaña, formado en la Universidad de Oxford, es profesor de ciencias políticas en la Universidad de Bath. Su obra está centrada en el estudio del fascismo y de la extrema derecha.
- **Gentile, Emilio:** nacido en 1946, es un importante historiador italiano especialista en ideología y cultura del fascismo, es considerado el historiador más importante del fascismo italiano. Actualmente es profesor en la Universidad Sapienza de Roma.
- **Griffin, Roger:** nacido en 1948 en Gran Bretaña, es profesor de historia contemporánea y teoría política en la Universidad de Oxford. Su obra se centra en la historia social y las dinámicas ideológicas del fascismo.
- **Halliday, Jon:** nacido en 1939, es un historiador irlandés, especialista en historia de Asia contemporánea. Licenciado en la Universidad de Oxford, es investigador del King's College de Londres.
- **Hirozumi, Abe:** nacido en 1929, es un eminente historiador japonés, doctor emérito de la Universidad de Tokio, la mayoría de su carrera profesional se desarrolló en dicha universidad. Ha escrito varias obras dedicadas a la cuestión del fascismo en Japón.
- **Linz, Juan:** 1926-2013, politólogo alemán, fue profesor de ciencias políticas en la Universidad de Yale. Sus trabajos más conocidos versan sobre las teorías de los regímenes totalitarios y autoritarios, la quiebra de las democracias y las transiciones a regímenes democráticos.

- **Masao, Maruyama:** 1914-1996, fue un politólogo, historiador y filósofo japonés. Experto en pensamiento político de Japón. Licenciado en la Universidad de Tokio desarrolló su carrera académica en esta universidad. Ha sido uno de los académicos mas destacados en la defensa de la viabilidad del término fascismo para la historia política del Japón de entreguerras.
- **McCormack, Gavan:** nacido en 1933, es un historiador australiano especialista en Asia. Licenciado en la Universidad de Melbourne, es profesor en la Universidad Nacional de Australia y ha colaborado con múltiples universidades japonesas. Su obra se centra en el estudio de la historia japonesa.
- **Mosse, George:** 1918-1999, es un historiador cultural germano-americano. Doctor en historia por la Universidad de Harvard, es conocido por sus importantes estudios sobre el nacionalsocialismo.
- **Ohara, Masayo:** historiadora y politóloga japonesa, es licenciada en historia por la Universidad de Osaka y doctorada en ciencias políticas por la Universidad de Columbia. Su obra se centra en el estudio del militarismo en el Japón anterior a la Segunda Guerra Mundial.
- **Okimoto, Daniel:** nacido en 1944, es un politólogo americano de origen japonés. Estudió en las universidades de Princeton, Harvard y Tokio. Es profesor de ciencias políticas en la Universidad de Stanford. Es especialista en relaciones entre Japón y Estados Unidos.
- **Payne, Stanley:** nacido en 1934, es un eminente historiador hispanista norteamericano. Doctor en historia por la Universidad de Columbia. Su obra se ha centrado especialmente en el estudio del franquismo en España.
- **Reischauer Edwin:** 1910-1990, fue un historiador norteamericano nacido en Tokio. Fue impulsor del estudio de la historia y cultura japonesa en Estados Unidos, fue doctor por la Universidad de Harvard, donde desarrollaría toda su carrera académica. Fue uno de los más importantes estudiosos de la historia japonesa en Norteamérica.
- **Ritter, Gerhard:** 1888-1967, fue un controvertido historiador alemán, que vivió y estudio el régimen nacionalsocialista y el nacionalismo alemán. Fue profesor de la Universidad de Freiburg.
- **Tansman, Alan:** es un historiador norteamericano especializado en historia de Asia. Licenciado en historia en la Universidad de Columbia en estudios asiáticos, es doctor en

historia por la Universidad de Yale, actualmente es profesor de la Universidad de Berkeley. Su obra se centra en la historia contemporánea de Japón.

- ***Willensky, Marcus:*** es un historiador norteamericano, profesor en la Universidad de Stanford. Su obra se centra en el estudio de la historia contemporánea de Japón.